

# La Pluma

AÑO I.

MADRID, SEPTIEMBRE 1920.

NÚM. 4.

## Farsa y licencia de la Reina Castiza ==

JORNADA SEGUNDA

DECORACIÓN

Noche de verano. ☽ Luna en la terraza. ☽ Un patio fragante de rosa y jazmín ☽ de su encaje calca la trémula traza ☽ con juegos de luna sobre el baldosín ex

ex El intercolumnio descubre el espacio ☽ dorado, de vasta cámara real. ☽ Cristalinas lámparas quiebran el topacio ☽ de la luz, y en iris palpita el cristal ex

~ ESCENA PRIMERA ~

*PLATICAN en el estrado ~ bajo el círculo dorado ~ y trémulo de la luz ~ Don Lindo, y un jorobado, ~ guitarrista de tablado ~ en el género andaluz. ~*

EL JOROBETA.

Parece que esta noche perdona,  
en un baile de trueno la patrona,  
la veremos llegar con una pea.

DON LINDO.

Si te diese lo mismo decir mona.

EL JOROBETA.

Cómo te pagas del hablar finústico.

DON LINDO.

No se aviene conmigo el modo chulo.

Del castellano sarraceno y rústico,  
prefiero recibir la coz de mulo.

EL JOROBETA.

A ti te gusta la extranjera parla,  
corbatas de París, te de Inglaterra,  
y donde esté una furcia anonadarla  
diciéndola: perdón. Nombre de perra.

DON LINDO.

¡Ay, Torroba! ¡Torroba, yo me muero!

EL JOROBETA.

¿Qué tienes, Querubín?

DON LINDO.

¡Que mi alma llora!

¡Torroba, ya no estoy en candelero!

EL JOROBETA.

¡Iguales el Señor y la Señora!

DON LINDO.

Torroba, en prenda de amistad...

EL JOROBETA.

Supongo

que pretendes tocarme la joroba  
para mudar la suerte, y no me opongo,  
que la amistad la entiende así Torroba.  
En la desgracia se agradece un acto  
tan lleno de ternura.

DON LINDO.

EL JOROBETA.

No seas niño.

Yo pongo a tu servicio mi artefacto,  
y tú me das un duro. ¡Ole el cariño!

DON LINDO.

¿Por qué no hablas al Rey en mi provecho?

EL JOROBETA.

Ya no atiende el patrón mis letanías.

Confórmate a tu suerte: a lo hecho pecho.

DON LINDO.

Tú privas siempre aquí.

EL JOROBETA.

Son tus manías.

¿Te figuras que a estar en capitales,  
me tocas por un duro la joroba?  
¿Qué es un duro, gachó?

DON LINDO.  
EL JOROBETA.

Veinte reales.

¿Y eso es pagar su mérito a Torroba?  
Aquí no existe protección al arte  
y tendré que volverme a los cafeses  
con la tiorba. Oyeme un aparte:  
me está saliendo el Rey, Plata-Meneses.  
Los reyes son volubles.

DON LINDO.  
EL JOROBETA.

¡Ya lo veo!

¡Pero luciera yo cuatro entorchados!  
Tal como soy, a nadie aguanto un feo,  
y tengo hecha la cruz a estos estrados.  
Pero tras la mi cruz de Caravaca,  
me vino con empeños cierto lego  
que quiere hablar al Rey, y naturaca,  
Ulpiano Torroba que haga el ruego.  
¡Poco que tienes tú la cara dura  
para saber negarte!

DON LINDO.

¡Así se pasal

EL JOROBETA.  
DON LINDO.  
EL JOROBETA.  
DON LINDO.  
EL JOROBETA.

No has gastado conmigo esa finura.  
La finura del hombre es en su casa.  
¡Tú estás con el patrón en candelero!  
Mientras le traigo historias del Casino  
o de las Cucas. Acabando, cero.  
A otro le cuentas ese cuento chino.  
Mi reino fué una nube de verano,  
aun cuando no lo creas. La tortilla  
volvióseme en un vírame la mano,  
y hoy nada pinto con la Camarilla.  
Por lo cual, me verás tomar soleta,  
tan y cuanto al patrón y al lego aviste.  
No volverás a oírme una falseta.  
En los cafeses ganaré mi alpiste.  
Tu lego es un fantasma.

DON LINDO.  
EL JOROBETA.

Quando veas

al lego entrar.—Si el Rey le otorga audiencia,  
que sí le otorgará. Sé sus ideas  
en parecidos casos de conciencia.  
¡No quieres ayudarme!

DON LINDO.  
EL JOROBETA.

DON LINDO.

## LA PLUMA

EL JOROBETA.

Mira, niño,  
una venda le pones a tu herida,  
pues nunca vuelve, si se fué, el cariño  
¡Torroba sabe mucho de la vida!

### ≈ ESCENA II ≈

*EL Rey sale de su alcoba: ≈ calzones de mameluco, ≈ melífula voz de eunuco, ≈ saludo amable de coba. ≈*

EL REY CONSORTE. ¡Buenas noches! ¡Me alegra tu visita,  
Ulpiano! ¿Por dónde se flanea?

EL JOROBETA. Por el mundo ganándome la guita.

EL REY CONSORTE. ¿Y por el mundo qué se chismorrea?

EL JOROBETA. ¡Hay de todo, Señor! Chismes de barrio,  
chismes de vecindad, de portería,  
y hay alguno también, extraordinario,  
que tiene premio de la lotería.

EL REY CONSORTE. ¡Ya me lo contarás!

EL JOROBETA. Tengo un amigo,  
que me deja a mí chico, si lo cuenta.  
En la antesala está, vino conmigo.

EL REY CONSORTE. Deja marrullerías, y revienta.

EL JOROBETA. Es el caso, Señor, que con el ruego  
de hablaros, me ha venido un franciscano,  
varón de mucha ciencia, aun cuando lego,  
que da consultas para el Vaticano.

EL REY CONSORTE. ¿Y sabrá divertirnos?

EL JOROBETA. ¡Se diquela!

EL REY CONSORTE. ¿Y en la antesala está?

EL JOROBETA. Matando un sueño.  
¿Queréis que le haga entrar?

EL REY CONSORTE. ¿Y esa novela  
merece oírse?

EL JOROBETA. ¡Mi palabra empeño!

¡Dos cartas extraviadas! ¡Dos palomas  
que llegan a posarse en vuestro alerol!

EL REY CONSORTE. ¡Ulpiano, no gastes esas bromas!

EL JOROBETA. ¡Os las quieren vender!  
 EL REY CONSORTE. ¿Cuánto dinero?  
 EL JOROBETA. Ha de pedir para sacar su escote,  
 que es un tío más listo que Cardona.  
 EL REY CONSORTE. ¿Le has metido los dedos?  
 EL JOROBETA. Por el lote,  
 un millón pagará la Real Persona.  
 EL REY CONSORTE. Rebajará si es hombre de conciencia.  
 EL JOROBETA. No es sujeto cerrado a las razones.  
 EL REY CONSORTE. ¡Tendré que revestirme de paciencia!  
 EL JOROBETA. ¡Le sacais al Gobierno dos millones!  
 EL REY CONSORTE. ¿Trae encima las cartas?  
 EL JOROBETA. ¡Es muy guajel!  
 Veré de averiguarlo.  
 EL REY CONSORTE. ¡Justamente!  
 EL JOROBETA. Si las trae le enfrío de un viaje.  
 EL REY CONSORTE. Don Lindo, hazle pasar. Tú sé prudente.

≈ ESCENA III ≈

*L*AS alabardas con sus regatones ≈ baten. Sale una bruja de entremés. ≈ En las manos, calzadas con mitones, ≈ alzado pulcramente el guardapiés. ≈

UN ÜJIER. ¡Su Alteza la Infanta Franciscal  
 LA INFANTA. ¡Me vengo aquí con mi calceta,  
 y a echar una mano de brisca,  
 hasta perder una peseta!  
 EL REY CONSORTE. ¡Estoy sin humor, abuelital  
 LA INFANTA. ¡Jesús, con tus malos humores!  
 ¿A ti qué te pasa?  
 EL JOROBETA. ¡La guita  
 que no le da sus resplandores!  
 LA INFANTA. ¿Ese, quién es?  
 EL JOROBETA. Un tío camama.  
 LA INFANTA. Y sobre todo un atrevido.  
 Tú guardas silencio.

## LA PLUMA

EL JOROBETA. ¡Madama,  
perdone vu si la he metido!  
LA INFANTA. ¿Dónde hallaste a ese jorobeta?  
EL REY CONSORTE. ¡Abuelita, Ulpiano Torrobal!  
LA INFANTA. ¿Es tocador?  
EL JOROBETA. Es un chancleta  
que a la guitarra le da coba.  
LA INFANTA. ¿No sabes callar?  
EL JOROBETA. ¡Soy San Bruno!  
Y aunque me ahorquen no hago chis.  
LA INFANTA. ¿De dónde sacaste a ese tuno?  
EL REY CONSORTE. Me lo han mandado de París.  
LA INFANTA. ¡Yo recuerdo a este jorobeta!  
EL JOROBETA. Fué punto fijo mi joroba  
un año entero en la saleta.  
LA INFANTA. ¡Mi amigo Ulpiano Torrobal!  
Ven, echaremos una mano  
de malilla, ya que mi nieto  
está de non.  
EL REY CONSORTE. Con Ulpiano,  
quería tratar un secreto.  
LA INFANTA. Para decirme que me vaya  
no me vengas con falsedades;  
me voy sacudiendo la saya,  
que yo soy Doña Claridades.

### ESCENA IV

*EL Sopón, fingido lego mendicante, asoma en la puerta, humildes los ojos. La alforja a la espalda llena de rebojos y por la capucha oculto el semblante.*

LA INFANTA. ¿Oye, ese lego franciscano,  
quién es? ¡Me parece un bendito!  
EL REY CONSORTE. Es un pariente de Ulpiano.  
LA INFANTA. ¡Qué gracia tiene!  
EL JOROBETA. ¡Baila el vito!  
LA INFANTA. Como el lego de aquella historia,



## LA PLUMA

- EL JOROBETA. ¿Tú no la conoces?  
¡A bien que uno es lego!
- EL REY CONSORTE. ¡Y la susodicha encubre su juego!  
Hablemos, hermano, sin hacer sondajes,  
y sin chalaneo. ¿Cuánto son sus gajes?  
Corriendo el peligro de extralimitarme,  
cincuenta mil duros.
- EL REY CONSORTE. ¡Igual que matarme!  
Esas escrituras pondrás en mi mano  
mucho más baratas. ¿Verdad, Ulpiano?
- EL JOROBETA. ¡Verdad! Dos millones son mucho dinero.  
Con uno es bastante.
- EL REY CONSORTE. ¡Calla, majadero!  
Uno es justamente cincuenta mil duros.  
¡Con tus metimientos me sacas de apuros!  
¿Dónde están las cartas?
- EL SOPÓN. Donde las esconde  
aquel penitente.
- EL REY CONSORTE. ¿Y quién me responde  
de que no es engaño? Trata tú, Torroba,  
el negocio, y mira cómo le das coba.

*CON un mohín adecuado ~ hace mutis el monarca, ~ y el jorobeta se enarca ~ como un Ministro de Estado. ~*

- EL JOROBETA. ¿Diga, hermano lego, rezan aquel cuento  
de la buena pipa, allá en su convento?  
Si esconde las cartas en la bocamanga,  
sáquelas, hermano, para que haya changa.  
Siempre aquel que paga pone condiciones.  
¡No se encuentran en la calle los millones!  
¿Se permite, hermano, que pregunte al lego?
- EL SOPÓN. Diga usted, hermano.
- EL JOROBETA. ¿Dónde está el talego?
- EL SOPÓN. No se apure, hermano, porque está en recaudo  
contra los rateros.
- EL JOROBETA. ¡Previsión que aplaudo!
- EL SOPÓN. ¿Y cuál es el cuño?
- EL JOROBETA. Onzas peluconas.
- EL SOPÓN. ¿Quiere las contemos?

EL JOROBETA.  
EL SOPÓN.

No haga cucamonas.

Ulpiano Torroba, ve por el talego,  
y tendrás lo hablado de mano del lego.  
Verás un milagro de lo más sencillo:  
que las susodichas vuelan del capillo.  
Me asalta una duda, y he de ver primero  
si son milagrosas, igual que el dinero,  
mis manos. La chungá aquí finiquita.  
¡Afloja las cartas!

EL JOROBETA.

EL SOPÓN.

Afloja la guita.

EL JOROBETA.

El hábito al suelo.

EL SOPÓN.

¡Me quedo en pelotal!

EL JOROBETA.

¡¿ a mí qué me importa esa chirigota!

EL SOPÓN.

¡Jesús qué impudencia!

EL JOROBETA.

¡Dame esos papeles!

EL SOPÓN.

Guárdatelos, hijo, que para babeles  
me basta el convento. A mi penitente,  
de lo aquí pasado, le pondré al corriente.

≈ ESCENA IV ≈

*TRABANDOSE en los hábitos, el lego se escabulle, ≈ y sale correteando el Rey, del camarín. ≈ La vágula libélula de la sonrisa bulle ≈ sobre su boca belfa, pintada de carmín. ≈*

EL REY CONSORTE.

¡Te dejó las cartas! ¡Se fué sin dinero!

EL JOROBETA.

¡Le vuelvo su fama, que es un caballero!  
Me dijo: «Torroba, las pongo en tu mano.  
Cobra, que en mi celda te espero, Ulpiano.»  
Y al hombre que pone esa confianza  
en mí, no le juego una mala chanza.

EL REY CONSORTE.

¡Pero yo no tengo tanto numerario!

EL JOROBETA.

Se pide al Gobierno, como extraordinario.

EL REY CONSORTE.

No he visto las cartas, y no sé siquiera  
el valor que tienen.

EL JOROBETA.

¡Una friolera!

EL REY CONSORTE.

¡Valen dos millones, como dos pesetas!  
¡Tanto!

## LA PLUMA

EL JOROBETA. ¡Tienen golpes, que ni los poetas!  
EL REY CONSORTE. ¡Dame que las lea!  
EE JOROBETA. ¡Os dan un sofocol  
EL REY CONSORTE. Si son como dices, quizá pida poco.  
Hazme tú lectura de algunos renglones.  
EL JOROBETA ¡Mala letra tiene en las ocasiones!

*EL Rey pone en la oreja ~ la mano, en curvatura, ~ y con la voz  
perpleja, ~ Torroba hace lectura. ~*

EL JOROBETA. «Ayer te he guipado, yendo de paseo,  
»y esta pavitonta cegó en tu manteo.  
»¡Me muero por verte, mi niño gracioso!  
»¡Te quiero por tuno y por asqueroso!»  
EL REY CONSORTE. ¡No sigas! ¡No sigas! ¡Conozco su estilo!  
¡Viene una metáfora que levanta en vilo!  
EL JOROBETA. ¿Se dice metáfora cuando hay un descaro?  
¡Metáfora! ¡Vaya un boquible raro!  
EL REY CONSORTE. Para el Gran Preboste escribí este pliego.  
Pido dos millones.  
EL JOROBETA. Uno para el lego.  
EL REY CONSORTE. Y según te explicas, quizá pida poco.  
EL JOROBETA. ¡Pedidle la luna!  
EL REY CONSORTE. ¡Dirá que estoy loco!  
Pido dos millones.  
EL JOROBETA. Quien pide la luna,  
en buena gramática, pide una fortuna.  
EL REY CONSORTE. Pido dos millones, que es lo categórico.  
Al pedir dinero, no hay que ser retórico.

*CRUZA Don Lindo la azotea ~ y melancólico solfea ~ suspiros,  
que al viento se van. ~ Y el Rey con somnisa asiática ~ aco-  
ge la melodramática ~ desesperación del galán. ~*

EL REY CONSORTE. ¡Ven acá, Don Lindo! Llama a mi Intendente.  
Quiero consultarle, que es hombre prudente.  
Y a Don Tragatundas pasa igual recado.  
Quiero consultarle, que es hombre bragado.

≈ ESCENA V ≈

**R**ECHINA una puerta: ≈ Sale repentino ≈ un viejo ladino ≈ que estaba detrás. ≈ Y enfrente aparece, ≈ torciendo el mostacho, ≈ otro mamarracho ≈ al mismo compás. ≈

DON LINDO. A vuestro real deseo el Intendente acude. Y por allí Don Tragatundas.

EL INTENDENTE. ¡A la orden del Rey me hago presentel

TRAGATUNDAS. ¡Yo saco mis pistolas de las fundas!

EL REY CONSORTE. ¡Ya llegará ocasión!

TRAGATUNDAS. ¡Ni oste ni mostel

EL REY CONSORTE. Mándale sacar filo a la matona. Quiero envidarte contra el Gran Preboste.

TRAGATUNDAS. ¿Y qué voy a hacer yo con esa mona? ¡A mí hombres duros y de pelo en pecho ¡A mí los demagogos proletarios! Uno por uno me los escabecho, y que haga la Prensa comentarios.

EL INTENDENTE. ¡A vuestros pies está vuestro Intendentel

EL REY CONSORTE. Reclamo tu consejo de hombre cuco para sacar el máximo cociente de ciertas cartas que me dió un frailuco.

EL INTENDENTE. ¿Hay cartas otra vez?

EL JOROBETA. ¡Con indulgencia!

EL INTENDENTE. ¡Ya pesqué esos rumores por palacio! ¿Y qué hay que hacer?

EL JOROBETA. Estúdielo vuecencia.

EL INTENDENTE. Bueno es pensarlo y resolver despacio.

EL JOROBETA. Las dos palomas portan en los picos. Dos ganzúas que abren las gabetas del Gobierno. ¡Llegó la de ser ricos! ¿Qué se puede pedir?

TRAGATUNDAS. ¡Muchas pesetas!

EL JOROBETA.

EL REY CONSORTE. Al Gran Preboste mando este despacho conminatorio. Pido dos millones.

EL INTENDENTE. En el pedir no debe haber empacho.

TRAGATUNDAS. Se piden tres, y son tres particiones.

## LA PLUMA

**C**OBRA el Intendente el pliego *∞* con un guiño de gitano, *∞* y al cobrarlo, palaciego, *∞* al Rey le besa la mano. *∞*

EL JOROBETA.  
TRAGATUNDAS.

Mi general, conmigo no se cuenta.  
¡Ahora reparo en ti, Domingo Sietel  
Desarruga ese ceño de tormenta,  
que a mí no se me asusta con membrete.

EL JOROBETA.

Yo no suelto las cartas sin la guita  
de un millón, para el lego franciscano,  
y a quien no esté conforme se le invita  
a tomar una copa con Ulpiano.

TRAGATUNDAS.  
EL JOROBETA.  
TRAGATUNDAS.

¡En presencia del Rey no hay desafíos!  
¡Es un convite!

No te pongas jaque.

Te doy un puñetazo de los míos,  
y revientas igual que un triquitraque.  
Pruébelo su merced.

EL JOROBETA.  
EL REY CONSORTE.

¡Que está empalmado!

¡Ulpiano Torroba, no me irrites,  
que estoy de tu joroba jorobado!

EL JOROBETA.

¡Buena correspondencia a mis convites!

**T**ORNA el Intendente *∞* con andar pausado, *∞* solemne la frente *∞* y el cuello estirado. *∞*

EL INTENDENTE.  
EL REY CONSORTE.

Hice del dos un tres.

¡Perfectamentel

¿Hallas bien los conceptos, la manera...,  
lo del impedimento dirimente  
y del divorcio...?

EL INTENDENTE.

¡Todo de primeral

EL REY CONSORTE.  
EL INTENDENTE.

¡Es un escrito digno de la Historia,  
¡Me complace que sea de tu agrado!  
Yo me lo aprendería de memoria,  
si no estuviese tan desmemoriado.

EL REY CONSORTE.  
DON LINDO.

¡Don Lindo!

¡Majestad!

EL REY CONSORTE.

Al Gran Preboste

lleva este pliego. Aguarda que lo lea,  
y vuelve aquí.

TRAGATUNDAS.

Que sepa ese armatoste  
que si niega los cuartos, hay pelea.

**D**ON LINDO toma el Mensaje ~ e inclinándose, suspira. ~ Y  
Su Majestad—un guaje— ~ sopla haciendo tararira. ~

~ ESCENA VI ~

**L**EGAN dando voces atorbellinadas ~ la Infanta Francisca y  
dos de sus dueñas, ~ torcidos los moños, las lenguas trabadas,  
~ y un mimo grotesco de niñas pequeñas. ~

LA INFANTA.

¡Qué espíritu mundano! ¡Qué sacrilegio!  
¡Disfrazarse de lego de San Francisco!

UNA DUEÑA.

¡Y qué hablar renegado!

LA OTRA DUEÑA.

¡Su florilegio,  
Son las fulminaciones de un basilisco!

LA INFANTA.

¡Vengo muerta del susto! ¡Jesús qué lucha!

UNA DUEÑA.

¡Yo le arañé la cara!

LA OTRA DUEÑA.

¡Yo el colodrillo!

LA INFANTA.

¡Yo traje entre las uñas, con la capucha,  
esta tripa con pelos!

EL JOROBETA.

¡Toma el cerquillo!

LA INFANTA.

¡Qué endiablada ocurrencia la de ese tuno!

¡Si parece un Demonio de pesadilla!

¡Ay, si con él no sueño, mañana ayuno!

EL REY CONSORTE.

¿Qué gritan esas lenguas de taravilla?

LA INFANTA.

Manda hacerme una taza de malvavisco,  
pues vengo con el pulso sobresaltado.

¡Aquel lego no era lego francisco!

¡Un pícaro muy grande, y un deslenguado!

¡Las barbas que llevaba, barbas postizas!

¡El cerquillo lo tiene puesto Ulpiano!

¡Y las cartas! ¡Las cartas! ¿No te horrorizas?

¡Dos cartas que te afectan, tiene en su mano!

## LA PLUMA

- EL REY CONSORTE. ¿Dónde visteis al lego?  
LA INFANTA. Fué a visitarme.  
Me vendía las cartas por cierto pico.  
¡Vino como el Demonio para tentarme!  
Ya no tiene esas cartas.
- EL JOROBETA. ¡Cállate el picol!  
LA INFANTA. Entre las tres logramos meterle preso.  
Lo guardo en un armario, bajo esta llave.  
A mis años no pueden achacar eso  
a una concupiscencia. ¿Verdad?
- EL REY CONSORTE. ¡Quién sabe!  
LA INFANTA. ¡Mi honor immaculado! Le daré suelta.  
Ya no paso la noche con ese pillo.  
Hay que mirarse mucho, que en cada vuelta,  
sacándonos los trapos, hay un corrillo.  
¡Heroico Tragatundas, corre a salvarme!  
Es el segundo armario que hay en el fondo.
- EL REY CONSORTE. ¿Adónde vas, Torroba?  
EL JOROBETA. Voy a eclipsarme.  
EL REY CONSORTE. ¡Aún ha de regalarnos tu cante jondo!

*SONANTES las espuelas, que despiertan los ecos ~ fabulosos de tantas hazañas en Marruecos, ~ parte Don Tragatundas, el bigote teñido. ~ Ketemblón en la adusta brama de un resoplido. ~ Y entretanto las dueñas de la Infanta Francisca, ~ apartadas del corro, se entregan a la brisca. ~*

- EL REY CONSORTE. ¡Explicame, abuelita, qué pretendías  
teniendo en un armario cerrado al lego!  
LA INFANTA. Esta noche bailarnos unas folías.  
¡Qué preguntas las tuyas, y qué borregol  
La gazuza le hiciera cantar de plano  
dónde esconde las cartas de esa simplona.  
EL REY CONSORTE. ¡Si las dichosas cartas tiene Ulpiano!  
EL JOROBETA. ¿Me permite ausentarme la Real Persona?  
LA INFANTA. ¡Que tú tienes las cartas! Dámelas, niño.  
Toma, para que fumes, una peseta.  
EL JOROBETA. Se agradece, Misia.  
LA INFANTA. Si es un cariño.

EL JOROBETA. ¿Oye, vendrán las cartas a mi estafeta?  
 IRÁN magnetizadas.  
 LA INFANTA. ¿Cuándo?  
 EL JOROBETA. Mañana.  
 EL REY CONSORTE. Si las tiene escondidas en el capacho.  
 ¡Pide un millón por ellas este Juan Ranal!  
 LA INFANTA. ¡Llega acá que te huela! ¡Tú estás borracho!  
 Niño, como no busques que te remoje,  
 vas a darme las cartas. ¡Yo las reclamo!  
 EL JOROBETA. El ejemplo del lego me sobrecoge;  
 pero quiere las cartas el Rey mi Amo.  
 LA INFANTA. ¡Mira que otros más listos no te las roben!  
 EL REY CONSORTE. Ya las tengo escondite.  
 LA INFANTA. ¡Dios alabado!  
 Tú no puedes leerlas, que eres muy joven.  
 EL JOROBETA. Ya sabe lo que dicen.  
 LA INFANTA. ¡Te habrás volado!

*S*OLTANDO el naipe sobre el tapete se alza una dueña de mal  
 cariz, y la otra dueña grita en falsete, y acompañando su  
 sonsonete abre los palmos en la nariz.

UNA DUEÑA. ¡Te gané! ¡Te gané!  
 LA OTRA DUEÑA. ¡Qué tramposal  
 No se puede jugar contigo.  
 UNA DUEÑA. ¡Te gané! ¡Te gané!  
 LA OTRA DUEÑA. ¡Qué gran cosa!  
 ¿Tú nunca pierdes?  
 UNA DUEÑA. ¡Y lo digo!  
 LA INFANTA. Mari-Rosita, cuando pierde  
 siempre se enoja unas migajas.  
 LA OTRA DUEÑA. ¡No me enojo!  
 UNA DUEÑA. ¡Y está que muerde.  
 LA OTRA DUEÑA. Lo que digo es que no barajas.

≈ ESCENA VII ≈

**E**NTRA Don Tragatundas, una mano aferrada ≈ del espantado lego, en la cerviz rapada. ≈ Y exprimiendo los ojos, y doblando el zancajo ≈ saca el lego la lengua a modo de badajo. ≈

EL SOPÓN.

Aflojad un poco la mano,  
que voy a escupir el galillo.  
Lo tengo en los dientes.

TRAGATUNDAS.

Hermano,

se lo traga, y es más sencillo.

EL REY CONSORTE.

¡Parece que fuiste a la guerra!

EL JOROBETA.

¿Sales del saco de los gatos?

LA INFANTA.

Eso granjean en mi tierra  
los terceros de malos tratos.

EL SOPÓN.

Yo no merezco ese reproche  
por proponeros un negocio.

LA INFANTA.

Quisiste estafarme esta noche.

EL JOROBETA.

Te ganó la mano este socio.

EL SOPÓN.

¡Ulpiano, no seas iluso!

Tú sólo guardas una copia.

EL JOROBETA.

¡Me la has pegado! Y por tu abuso  
otra vez me sumo en la inopia.

EL SOPÓN.

Yo pido a todos mil perdones,  
pues el amor a la Corona,  
más que el amor a los millones,  
me trajo aquí.

EL JOROBETA.

Y esta persona.

EL SOPÓN.

Del negocio nada se saca,  
divulgado que sea el secreto.  
Haya prudencia.

EL JOROBETA.

¡Naturacal

Tiene pupila este sujeto.

EL SOPÓN.

Dejemos el guiño de engaño,  
hablemos con claras razones,  
y sin jugar a hacernos daño.

EL JOROBETA.

¡Muy buenas amonestaciones!

EL SOPÓN.

Procedamos honradamente  
repartiéndonos los dineros.

EL INTENDENTE. ¡Se juntó demasiada gentel!  
 EL SOPÓN. ¿Pues cuántos somos, caballeros?  
 EL JOROBETA. Tres y no más. El Rey Mi Amo,  
 este lego de San Francisco,  
 y el que le trajo. ¡Yo me crispo!  
 LA INFANTA. ¡Yo me hago cruces!  
 EL INTENDENTE. ¡Yo me inflamo!  
 TRAGATUNDAS. ¿Quién ha cerrado en el armario  
 LA INFANTA. a este tuno?  
 LAS DOS DUEÑAS. ¡Con nuestra ayudad  
 LA INFANTA. ¡Un metimiento innecesario!  
 Me bastaba sola. ¡Sin duda!  
 EL SOPÓN. ¿Quién ante el Rey te puso ahora?  
 TRAGATUNDAS. ¿Quién dió el consejo más prudente?  
 EL INTENDENTE. ¿Y quién inflamó a la Señora?  
 EL SOPÓN. ¡Ay, qué lego concupiscentel!  
 UNA DUEÑA.

*ROMANTICA se desmaya, y como Viernes de Ayuno, al pecado dando baya un zancajo, inoportuno, asoma bajo la saya.*

LA INFANTA. ¡Ay que le ha dado un patatús,  
 a esta niña que quiero tanto  
 por tu culpa! ¡Jesús! ¡Jesús!  
 No enseñes las piernas!  
 EL REY CONSORTE. ¡Qué espantol!

ESCENA VIII

*EN el salón, con una morisqueta, atortolado irrumpen el majadero que portó al Gran Preboste la estafeta del Rey, y el caso explica aspaventero.*

DON LINDO. ¡Traigo turbados los sentidos!  
 ¡Qué juras y qué palabrotas!  
 ¿No os cantan, Señor, los oídos?  
 ¡Ay, que viene! ¡Siento sus botas!

## LA PLUMA

**M***IRANDO* hacia la puerta, ~ en zozobranante alerta, ~ calla la reunión. ~ Las pisadas, con eco ~ difuso, por el hueco ~ rodaban del salón. ~ Ponia un estrambote ~ al resonante trote ~ el golpe del bastón. ~

EL SOPÓN. ¡No es oportuno que me vea!

EL REY CONSORTE. ¿Te conoce?

EL SOPÓN. ¡Seguramente!

LA INFANTA. ¡Tú has tenido la mala idea de ir con las cartas a ese entel  
¿Qué has pedido por las misivas al Gran Preboste?

EL SOPÓN. La bicoca de un destino en Clases Pasivas.

LA INFANTA. ¡Con poco sellaba tu boca!  
¿Y dinero?

EL SOPÓN. ¡Ni una monedat  
¡Mas ved que me atrapa!

LA INFANTA. Te escondo de mi meriñaque en la rueda.  
¡Pero sé formal!

EL JOROBETA. ¡Yo respondo!

### ~ ESCENA IX ~

**E***N* el ruedo de las damas ~ se oculta el lego Francisco. ~ Llega el Gran Preboste: Llamas ~ y bramas de basilisco. ~

EL GRAN PREBOSTE. ¡La docta tertulia del Amo!

LA INFANTA. ¡Faltabas tú!

EL GRAN PREBOSTE. ¡Y acudo al reclamo!

EL SOPÓN. ¡Cúcú!

**¡V***UELTA* de fantoche, ~ golpe de bastón, ~ mirada feroche ~ del viejo mandón! ~

LA INFANTA. Deja ese gesto de amenaza.

EL GRAN PREBOSTE. ¡No se burla nadie de mí!

LA INFANTA. Es el cuclillo en la terraza,  
que se alegra de verte aquí,

EL REY CONSORTE. Por mi nota estás al corriente...

EL GRAN PREBOSTE. Una ofuscación  
se os puso, Señor, en la frente  
como un moscardón.

EL REY CONSORTE. Tengo dos cartas de una dama.

LA INFANTA. ¡De pitiminí!

EL REY CONSORTE. Y tú, celoso de su fama,  
me das a mí...

EL GRAN PREBOSTE. Por la camama  
un potosí.

LA INFANTA.

EL JOROBETA.

EL GRAN PREBOSTE.

¡Son dos cartas falsificadas!

¡Díjolo Blas!

¡Yo tengo las cartas!

Copiadas  
de mano ajena las tendrás.  
En la pista de esa impostura,  
he dado orden de prisión  
contra un tuno que en su frescura  
pretendía la sinecura  
de una mitra.

EL SOPÓN.

¡Era la ocasión!

**S**ACA las orejas, *~* guiña la pupila, *~* y cabe las viejas *~*  
otra vez se asila. *~*

LA INFANTA.

No te inquietes: Es Ulpiano,  
que hace dos voces.

EL JOROBETA.

¡De chipén!

EL GRAN PREBOSTE. Las cartas no son de su mano.

EL REY CONSORTE. ¿Pues de quién?

EL GRAN PREBOSTE. De un escritor republicano.

EL REY CONSORTE. ¡Tú piensas que estoy en Belén!

EL GRAN PREBOSTE. Creo en conciencia  
que estáis tocando el violín.

EL REY CONSORTE. ¡Ni un día más en evidencia!

Hoy pido el divorcio.

LA INFANTA.

¡En latín!

EL REY CONSORTE. ¡Le escribo al Papa!

EL GRAN PREBOSTE.

No hará caso,

Señor y Rey.

Pongamos las bestias al paso  
y hablemos a ley.

## LA PLUMA

- EL REY CONSORTE. Mi nota no cierra el camino  
de una transacción.
- EL GRAN PREBOSTE. Pero lo hace tan supino,  
que no siendo del Club Alpino  
es imposible la ascensión.
- EL REY CONSORTE. Siento decirte que no es cuerdo  
buscarle al gato los tres pies.
- EL GRAN PREBOSTE. Tomaré en Consejo el acuerdo  
de meteros en Leganés.
- EL REY CONSORTE. ¿Te niegas a todo convenio?
- EL GRAN PREBOSTE. ¡Claro que sí!
- LA INFANTA. ¡Abusas! ¡Conoces su genio de gilí!
- EL GRAN PREBOSTE. Me vendían por un destino  
esas cartas, y no piqué.
- EL JOROBETA. Si no ha picado en un comino,  
imagino  
que voló el parné.
- EL REY CONSORTE. ¡Mi divorcio, como otras veces,  
no quedará en conversación!  
¡Apuré las últimas heces!  
¡Mi pundonor hizo explosión!

*SUS regios ojos el velo de las lágrimas ofusca, y en la fal-  
triguera busca, para sonarse, un pañuelo.*

- EL GRAN PREBOSTE. Bebed una taza de tila,  
Majestad.  
Y tras una noche tranquila  
meditad.  
Con vuestra venia me retiro  
y os beso los pies.
- LA INFANTA. ¡Tragatundas, pégale un tiro!  
No lo dejes para después.
- EL REY CONSORTE. ¡No, Tragatundas! ¡Me horroriza  
que corra la sangre por mí!  
¡Una paliza,  
eso sí!

*EL Rey vuelve la pupila; mete, como el avestruz, el pico bajo  
la axila y se le apaga la luz.*

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

**RAMON DEL VALLE-INCLAN**



## Bromas, Ardides y Denganzas

### CONDITE

*Probad mis platos, señores,  
comiendo abriréis la gana  
y os parecerán mañana  
mejores.*

*Repetid, os aconsejo  
que mezcléis con apetito  
lo reciente con lo añejo  
os invito.*

### MI VENTURA

*Ayer me cansó buscar  
hoy encuentro;  
y cuando el viento me azota  
sé navegar contra el viento.*

## LA PLUMA

### COLOQUIO

*¿Estuve enfermo? ¿He sanado?  
¿Y quièn mi mèdico ha sido?  
¡Ah! si todo lo he olvidado:  
mi mèdico fuè el olvido.*

### HABLA EL PROVERBIO

*Sencillo y raro, dulce y severo,  
pulcro y astroso, fino y grosero  
ser todo quiero.*

*Y que se cuente:  
Hombre viviente  
fuè loco y cuerdo;  
era paloma, era serpiente  
y, a veces, cerdo.*

### HECCE HOMO

*Soy la llama; soy la llama,  
y al alumbrar me consumo,  
y lo que toco se inflama,  
y queda ceniza y humo.  
¡Soy la llama, soy la llama!*



## LA PLUMA

### LOS MUY SUTILES

*Entran mejor de puntillas que a gatas:  
por el ojo de la llave y no por la puerta franca.*

### COMPLETAMENTE

*¿Investigar? ¿Cómo, cuándo?  
Al peso*

*del libro impreso  
vas arrastrando tu vida  
y cayendo y levantando  
hasta la última caída.*

### SIEMPRE

*El que ha de llegar, llega, porque puede  
y porque le place,  
y nada le importa que diga la gente  
si es temprano o tarde.*

### MI PLUMA NO CORRE

*Mi pluma no corre, salta  
voy escribiendo a pedazos*

*y aunque escribo a grandes trazos  
cada rasgo es una falta.*

*En cambio, lo que concibo  
de un modo que no se usa*

*¡con qué claridad transcribo,*

*Al que leerme rehusa*

*¿qué más le da si es confusa  
la letra con que lo escribo?*

### PARODIANDO A GOETHE

*Una mujer me decía*

*al despuntar la mañana*

*¡Si eres feliz en ayunas*

*qué será si te emborrachas!*

### EL SANTO ENMASCARADO

*Cuando hablo,*

*para no cansarte, amigo,*

*con las cosas que te digo*

*me pongo disfraz de diablo:*

*mas no me sirve de nada*

*el diabólico disfraz,*

*la bondad de la mirada*

*no la cubre el antifaz.*

Traducción de **FRANCISCO A. DE ICAZA**



## Peregrinos curiosos

Jorge Borrow y + +

La Biblia en España

**T**omás Borrow, de familia de labradores, establecida desde muy antiguo cerca de Liskeard, en Cornwall, se fugó de su casa, siendo todavía mozo, por esquivar las consecuencias de una fechoría juvenil, y sentó plaza de soldado en 1783. Diez años más tarde, cuando era sargento, se casó con Ana Preferment, hija de un agricultor de East Dereham, Norfolk, de abolengo francés probablemente. En 1798, Tomás Borrow obtuvo el grado de capitán, del que no pasó en su carrera militar. En 1800 le nació un hijo, Juan Tomás, que fué pintor y soldado y acabó por emigrar a Méjico en busca de fortuna, muriendo en aquellas tierras en 1834. El 5 de julio de 1803 nació, en East Dereham, el hijo segundo del matrimonio Borrow, Jorge Enrique, el cual, treinta y tres años más tarde, había de ser popular en Madrid con el nombre de *Don Forjito el inglés*. La infancia de Jorge transcurrió en diferentes poblaciones de Inglaterra y de Escocia, merced a los cambios de guarnición del regimiento en que servía su padre. Viajó primeramente por las provincias de Sussex y Kent, y en 1808 y 1810 estuvo otra vez en su pueblo natal. Jorge era «un niño triste que gustaba de permanecer horas enteras en un rincón solitario, con la cabeza caída sobre el pecho, dominado por un abatimiento peculiar; a veces sentía una impresión de miedo muy extraña, sin causa real». Sus padres le dejaban vagar libremente por los campos. En 1810 conoció a Ambrosio Smith, el gitano a quien después representó en sus escritos con el nombre de Jasper Petulengro, y se juraron fraternidad. El desarrollo mental de Jorge fué algo tardío. Comenzó los estudios de humanidades en Dereham, y los continuó en Edimburgo, después en Norwich, y el año 1815 en la «Academia Protestante» de Clonmel (Irlanda), adonde el regimiento de su padre fué destinado. La vida escolar le curó de sus

hábitos insociables y de su reserva. A Jorge le gustaban los estudios, pero no la sujeción de la escuela. Sentía inclinación natural por los idiomas, y los aprendía con desusada facilidad; su memoria era descomunal. Amaba la vida al aire libre y los deportes. Las aventuras, propias o ajenas, reales o soñadas, encandilaban su imaginación. En Irlanda, además de aprender la lengua del país, se había hecho gran jinete. Terminadas las guerras napoleónicas y licenciado el regimiento, los Borrow se establecieron en Norwich. Jorge leía griego en la *Grammar School*, y de un emigrado francés tomaba lecciones de este idioma, de italiano y de español; cultivaba, además, la caza y el pugilismo. Los gustos y las costumbres de Jorge le hicieron antipático a su padre; no se le parecía en nada; tenía por un verdadero gitano, y, desentendiéndose de él en lo posible, le dejaba hacer cuanto quería. En 1818, Jorge se encontró de nuevo con Ambrosio Smith, o Jasper Petulengro, y, yéndose con él a un campamento de gitanos, los acompañó por ferias y mercados, se inició en sus costumbres y aprendió su idioma.

Llegado el momento de adoptar una profesión que le diese para vivir, Jorge, dudoso entre la Iglesia y el Foro, se decidió por el último; así se lo aconsejó un amigo en situación semejante a la suya, diciéndole que la abogacía «era la mejor carrera para quienes (como ellos) no pensaban ejercer ninguna». El padre de Jorge le costeó el aprendizaje, colocándole en 1819 de pasante en casa de unos curiales de Norwich. Pero Jorge debía de tener mediana afición a los pleitos. Aprendió galés, danés, hebreo, árabe, armenio, y en el despacho de sus maestros trabajaba en traducir de esas lenguas al inglés; su amigo William Taylor le enseñó el alemán. Así vivió el pobre cinco años, amarrado a un oficio tan opuesto a su vocación. Quizá la lectura de libros de viajes y aventuras le fué entonces más gustosa y necesaria que nunca, como desquite de la aridez de su empleo. A Jorge Borrow le gustaban mucho *Gil Blas*, el *Peregrino* de Bunyan, Sterne, el *Childe Harold*, y, sobre todos, De Foe. «¡Oh genio de De Foe, yo te saludo!—exclama en su autobiografía—. ¡Cuánto no te debe el mío pobrísimo!»

En 1824, el capitán Tomás Borrow murió, dejando por heredera de sus escasas rentas a su mujer. Jorge, que llegaba entonces a la mayor edad, se marchó a Londres a buscarse la vida en cuanto terminó su contrato de pasantía. Llevaba por todo capital un legajo de traducciones; pero sus esperanzas eran muchas. Su primera estancia en Londres fué poco placentera. Luchaba con la escasez, con la falta de salud, con la inseguridad del trabajo, y padeció además la crisis característica de la juventud al encararse indefensa con la vida y las amarguras de la vocación, que busca a tientas su camino. Jorge se interrogaba acerca del valor de la existencia y de la verdad. «¿Qué es la verdad? ¿Qué es lo bueno y lo malo? ¿Para qué he nacido? ¿Todo perecerá y será olvidado, todo es vanidad?» Y no encontraba respuesta satisfactoria. El futuro misionero era entonces ateo empedernido; su amigo Taylor, además de enseñarle el alemán, le inculcó la irreligión. La tristeza y el descorazonamiento de Jorge fueron tales, que sus amigos temieron verle poner fin a sus días. Por aquella época publicó Borrow algunas traducciones de poesías extranjeras (varios romances espa-

## LA PLUMA

ñoles) (1); escribió, por encargo de un editor, una colección de «causas célebres» (2), y tradujo para una revista fragmentos de leyendas danesas (3). Pero en 1825, el periódico en que escribía desapareció; riñó, además, con el editor que le daba trabajo y se quedó en la calle con sus manuscritos y un puñado de dinero. Supónese que el anuncio de un librero le indujo a escribir, para zafarse de sus apuros del momento, una *Vida y aventuras de José Sell*, obra publicada, al parecer, con otros cuentos y narraciones en una colección que hoy no se sabe cuál fué. Vendida la obra, Borrow se marchó de Londres, abandonando la literatura, y viajó a pie en busca de salud corporal y de paz para su ánimo. Cuatro meses duró su vida errante. Volvió a encontrar a Jasper Petulengro, y se fué con él a vivir en hermandad con los gitanos, trabajando en hacer herraduras, y preso en las redes honestas de una linda moza de la tribu. Después compró un caballo y recorrió Inglaterra en busca de aventuras. Cuando estos viajes concluyeron, Jorge Borrow tenía veintidós años. Era alto, flaco, zanquilargo, de rostro oval y tez olivácea; tenía la nariz encorvada, pero no demasiado larga; la boca bien dibujada y ojos pardos, muy expresivos. Una canicie precoz le dejó la cabeza completamente blanca. Las cejas, prominentes y espesas, ponían en su rostro un violento trazo obscuro.

Jorge Borrow, al escribir, andando el tiempo, sus narraciones autobiográficas, se empeñó en rodear de misterio ciertos años de su vida (1826-1832), y con alusiones más o menos veladas quiso dar a entender que se había visto envuelto en misteriosas aventuras y dado cima a dilatados viajes por países como la India, China y Tartaria. Ignórase, en efecto, lo que Borrow hizo en esos años; pero en sentir de sus biógrafos más autorizados, es excesivo tanto misterio. Probablemente, Borrow vivió todo ese tiempo sin ocupación fija, viajó un poco y escribió por gusto y por encargo. En 1826 se publicó una colección de sus traducciones del danés (4) con otras composiciones suyas. Dos años más tarde apareció una traducción de las *Memorias de Vidocq* (5) atribuida a Borrow; insertó en algunas revistas trabajos de menos importancia. Viajó por la Europa occidental y parece que estuvo en Madrid, pero este viaje no pudo entrar en el marco de *La Biblia en España*.

Un gran cambio sobrevino en la vida de Jorge Borrow durante el año 1833, que decidió de su destino. Conocía Jorge Borrow a una familia residente en Oulton Hall, cerca de Lowestoft (Suffolk), de la que formaba parte Mrs. Mary Clarke, de treinta y seis años, viuda de un marino. Un reverendo pastor, relacionado con esa familia, indujo a Jorge Borrow a solicitar de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera un empleo donde pudiera utilizar su conocimien-

(1) «Bernard's Address to his army», a ballad from the Spanish; «The singing Mariner», a ballad from the Spanish; «The French Princess», a ballad from the Spanish. En «Monthly Magazine», vol. 57 (1824).

(2) «Celebrated Trials, and Remarkable Cases of Criminal jurisprudence, from the earliest records to the year 1825». 6 vols. Knight and Lavy, London. 1825.

(3) «Danish Traditions and Superstitions.» En «Monthly Magazine», vols, 58, 59, 60.

(4) «Romantic Ballads», translated from the Danish, and Miscellaneous pieces, by George Borrow; Norwich, S. Wilkin, 1826.

(5) «Memoirs of Vidocq», principal agent of the French police until 1827. Written by himself translated from the French, 4 vols. London. Whittaker Treacher and Arnof, 1828-29.

to de los idiomas. Jorge se fué a pie a Londres, y en veintidós horas recorrió una distancia de ciento veinte millas. En su frugal pobreza, Jorge sólo gastó en el viaje cinco peniques y medio, en un litro de cerveza, medio de leche, un pedazo de pan y dos manzanas. Los señores de la Sociedad Bíblica, después de examinarle de lenguas orientales durante una semana, le preguntaron si estaba dispuesto a aprender en seis meses la lengua manchú. Aceptó Jorge, y con un buen viático se volvió a Norwich, ya en diligencia; estudió con ahinco, y a los seis meses triunfaba en las pruebas a que sus futuros jefes le sometieron. Por aquellos mismos días, Jorge Borrow se retractó de su ateísmo; ya fuese por influjo de Mrs. Clarke, o porque las ideas que le inculcó su amigo Taylor arraigaron poco en su espíritu y se marchitaron al acercarse la treintena, lo cierto es que Borrow profesó un protestantismo tan fanático como el ateísmo que abandonaba. No tardó en asimilarse el «tono misionero» ni en adoptar la jerga propia de sus patronos. Cuando aún se hallaba en curso su nombramiento, uno de los secretarios de la Sociedad Bíblica censuraba así el estilo de una carta de Borrow: «Perdóneme usted si, como sacerdote y mayor que usted en años, aunque no en talento, me atrevo, con la mejor intención, a hacerle una advertencia que podrá no ser inútil.» Acota una frase que ha llamado la atención de alguno de «los excelentes miembros de nuestro Comité»: aquella en que «habla usted de la perspectiva de ser *útil a la Divinidad, al hombre y a usted mismo*. Sin duda quiso usted decir la *perspectiva de glorificar a Dios*, pero el giro de sus palabras nos hizo pensar en ciertos pasajes de la Escritura, tales como Job, XXI, 2, etc.» La respuesta de Borrow debió de ser tal, que el mismo reverendo le escribía: «El espíritu de su última carta es verdaderamente cristiano, en armonía con aquella regla sentada por el mismo Cristo y de la que Él dió, en cierto sentido, tan prodigioso ejemplo, que dice: «El que se humille será ensalzado.» Finalmente, la Sociedad Bíblica aceptó los servicios de Borrow y le envió a Rusia, para donde salió sin dilación, a mediados de año, a colaborar en la transcripción y colación del manuscrito de la Biblia, traducida al manchú, y en la impresión del Nuevo Testamento en la misma lengua.

Jorge Borrow estuvo en Rusia hasta septiembre de 1835. Sirvió con celo y buen éxito a la Sociedad Bíblica; visitó Moscú y Nowgorod y proyectó un viaje a China, a través del Asia, para distribuir el Evangelio por el Oriente. El Gobierno ruso le negó los pasaportes. Ese proyecto de viaje fué, en opinión de uno de sus biógrafos, el único motivo que tuvo Borrow para creer, y hacérselo creer a sus lectores, que había estado en el Oriente remoto (1). Durante su estancia en Rusia tradujo al ruso unas homilias de la Iglesia anglicana, y publicó en San Petersburgo dos colecciones de poesías traducidas por él al inglés: *Targum* (2) y el *Talismán* (3).

(1) «¿No le ha chocado a usted nunca—le escribía en una ocasión su amigo el danés Hasfeldt—cuánto se parece usted al buen hidalgo Don Quijote de la Mancha? A mi juicio, podría usted pasar fácilmente por hijo suyo.» W. Knapp «Life, writings and correspondence of George Borrow». London, Murray 1890. Vol. I, pág. 190.

(2) «Targum, or metrical translations from thirty languages and dialects», by George Borrow. St. Petersburg, Schulz an Beneze, 1835.

(3) «The Talisman», from the *Rusiam of Alexander Pushkin, with other pieces*. St. Petersburg, Schulz and Beneze, 1835.

## LA PLUMA

En octubre de 1835 volvió Jorge Borrow a Inglaterra, y, apenas llevaba un mes en su país, la Sociedad Bíblica decidió utilizar de nuevo sus servicios, enviándole a Lisboa y Oporto con encargo de acelerar la propagación de la Biblia en Portugal.

Ni la Sociedad Bíblica ni Jorge Borrow preveían entonces que sus campañas en la Península iban a tener la importancia que después adquirieron. Para la Sociedad, el envío de Borrow a Portugal era un empleo interino, en espera de que se decidiese su viaje a China. Borrow ignoraba si tendría o no en Portugal libertad suficiente para lanzarse a una propaganda intensa ni si el ánimo de la gente se hallaría bien dispuesto para recibirla.

Jorge Borrow se embarcó en Londres el 6 de noviembre de 1835, y llegó a Lisboa el 13 del mismo mes (1); visitó los alrededores de la capital, hizo una excursión por el Alemtejo, y de estos viajes y de sus conversaciones con el representante de la Sociedad Bíblica en Lisboa nació la determinación de aplazar sus trabajos en Portugal. Borrow resolvió pasar a España. Salió de Lisboa para Badajoz el 1 de enero de 1836, cruzó la frontera el día 6, detúvose en Badajoz diez días, y por Mérida, Oropesa y Talavera llegó a Madrid. Por el camino fué madurando su plan de campaña: le pareció necesario, ante todo, hacer una tirada de la Biblia en castellano, porque sólo podían circular las impresas en el reino. Pero lo difícil no era eso; lo difícil era obtener permiso para imprimirla *sin notas*. Desde la invención de la imprenta, hasta 1820, no se había impreso en España ninguna traducción de la Biblia descargada de comentarios y notas, y que fuese, por tanto, de tamaño manual y de precio reducido, accesible a todos. En 1790 apareció la traducción de Scio, en diez volúmenes en folio, y en 1823, la de Amat, en nueve volúmenes en cuarto. Al amparo de la fugaz libertad política instaurada por la revolución de 1820, se imprimió en Barcelona (1820) el Nuevo Testamento, traducción de Scio, pero sin notas; desde entonces, hasta la llegada de Borrow a España, nada más se había hecho. La propaganda de las Sociedades Bíblicas no consiste, esencialmente, en predicar una confesión determinada, sino en difundir la lectura de la Biblia, poniendo al alcance del mayor número el texto genuino de la Escritura. Como, en opinión de los cristianos reformados, los dogmas y prácticas de la Iglesia romana contradicen la letra y el espíritu del libro sagrado, basta la lectura de su texto auténtico, y la restauración del sentido propio en su inteligencia e interpretación, para minar las bases de la dominación papista. Así, Borrow, abundando en las intenciones de sus directores, y con autorización expresa de ellos, gestionó desde luego el permiso que necesitaba para imprimir el Evangelio sin notas, y, vencidas no pocas dificultades, se dispuso a reimprimir en Madrid la traducción del Nuevo Testamento, de Scio, editada sin notas por la Sociedad Bíblica en Londres, 1826. Borrow y la Sociedad Bíblica desconocían las versiones castellanas de la Biblia, hechas por los antiguos reformistas españoles, libros rarísimos entonces.

Borrow se fué de Madrid a los pocos días de la revolución de La Granja

(1) Fechas establecidas por Mr. Knapp, separándose de las que Borrow da en «The Bible in Spain».

estuvo en Granada y Málaga (viaje no referido en *La Biblia en España*), se embarcó en Gibraltar, llegó a Londres el 3 de octubre, instó en la Sociedad Bíblica la inmediata apertura de la campaña de propaganda en España, y, aceptados sus planes, se reembarcó el 4 de noviembre, llegando a Cádiz el 22 del mismo mes. Por Sevilla y Córdoba se dirigió Borrow a Madrid, adonde llegó el 26 de diciembre. No perdió el tiempo. En 14 de enero de 1837 firmaba con Andrés Borrego el contrato para la impresión del Evangelio, y en 1 de mayo siguiente se publicó el libro (1). Borrow obtuvo de la Sociedad Bíblica autorización para repartir en persona la obra por los pueblos, y, dejando en Madrid encargado de sus asuntos a don Luis Uoz y Río, emprendió, acompañado de su famoso criado griego, el larguísimo viaje por Castilla la Vieja, Galicia, Asturias y Santander, que duró desde mayo a noviembre de 1837. De regreso en Madrid, imprimió dos nuevas traducciones parciales del Nuevo Testamento; una traducción del Evangelio de San Lucas al caló (2), hecha por él, y otra del mismo Evangelio al vascuence, por un señor Oteiza (3).

La publicación del Evangelio en caló, la apertura de un *Despacho de la Sociedad Bíblica* en la calle del Príncipe, los métodos empleados por Borrow para llamar la atención del público hacia su obra y ciertas imprudencias de otros agentes de la Sociedad en España, provocaron la intervención de las autoridades y desencadenaron una borrasca, en la que naufragó la propaganda evangélica, y, a la larga, puso fin a los trabajos de Borrow en España; de ella nació también un primer disentimiento entre la Sociedad y su agente, disentimiento que terminó en ruptura. En enero del 38 el jefe político de Madrid secuestró los libros existentes en la tienda abierta por Borrow; en mayo fué preso *Don Forge* por desacato a un agente de la autoridad y por vender libros impresos fuera del reino, introducidos en España con infracción de las leyes vigentes. Borrow cuenta en *La Biblia en España* la historia del secuestro y de su prisión; pero omite ciertos hechos que influyeron grandemente en aquellas resoluciones del Gobierno, hechos que Borrow no conoció hasta después de salir de la cárcel. Había por entonces en España otro agente de la Sociedad Bíblica llamado Graydon, que operaba principalmente en las provincias de Levante. Graydon, que imprimió en Barcelona una edición del Nuevo Testamento y otra de la Biblia (A. y N. T.), sin notas, en 1837, no se limitaba como Borrow a propagar el libro, sino que repartía folletos, prospectos y opúsculos atacando al Gobierno moderado, y al clero español y sus doctrinas. Esta conducta produjo algunos

(1) El Nuevo Testamento, traducido al español de la Vulgata Latina, por el Rmo. P. Phelipe Scio de S. Miguel, de las Escuelas Pías, obispo electo de Segovia. Madrid, imprenta a cargo de Don Joaquín de la Barrera, 1837. En 8.º, 534 páginas.

(2) Embeo e Majaró Lucas. Brotoboro rodado andré la chipé griega, acána chibado andré o Romanó o chipé es Zincalés de Sesé.

El Evangelio según S. Lucas, traducido al Romani, o dialecto de los gitanos de España, Madrid, 1837. En 16.º, 177 páginas.

Segunda edición: Criscote e Majaró Lucas, chibado andré o Romanó, o chipé es Zincalés de Sesé.

El Evangelio según S. Lucas, traducido al Romaní, o dialecto de los gitanos de España. Lundra, 1872. En 16.º, 177 págs.

(3) Evangelio a San Lucas en Guissan. El Evangelio según S. Lucas, traducido al vascuence. [Madrid, imprenta de la Compañía Tipográfica, 1838. En 16.º, 176 págs.]

## LA PLUMA

escándalos en Valencia, Murcia y Málaga; y como Graydon se proclamaba, no sólo agente de la Sociedad Bíblica, sino íntimo colaborador y asociado de Borrow, dió pretexto para que el Gobierno, movido por los curas, desfagara su inquina tratando a Don Jorge con extremado rigor. La prisión de Borrow y las reclamaciones del ministro británico produjeron, como puede suponerse, una reunión precipitada del Consejo de ministros, un ofrecimiento de dimisión por parte del jefe político e interpelaciones en las Cortes censurando al Gobierno... por su lenidad. Excarcelado Borrow, supo por el ministro británico la parte que la conducta de Graydon había tenido en sus persecuciones, y se le ocurrió escribir sendas cartas al *Correo Nacional* y a la Sociedad Bíblica desautorizando y condenando el proceder de su colega. En la carta al *Correo Nacional*, publicada el 27 de mayo, se titula «único agente autorizado en España de la S. B.» En la carta a sus directores de Londres, luego de referir las entrevistas del ministro británico con Ofalia, dice respecto de Graydon: «Hasta el momento presente, ese hombre ha sido el ángel malo de la causa de la Biblia en España, y también el mío, y ha empleado tales procedimientos y escogido de tal modo las ocasiones, que casi siempre ha conseguido derribar los planes hacederos trazados por mis amigos y por mí para la propagación del Evangelio de una manera permanente y segura.» La respuesta de la Sociedad fué un cruel desengaño para Borrow: reconocíase en ella que Graydon era tan legítimo representante de la Sociedad Bíblica como él; no se accedía a desautorizar y condenar su proceder, y, además, se le advertía a Borrow que en adelante se abstuviese de publicar cartas como la del *Correo Nacional*. Por su parte, el Gobierno español, tras algunos artículos oficiosos en que se le excitaba a proceder «con mano dura» contra los escarnecedores de la religión, prohibió de Real orden (25 de mayo) la circulación y venta del Nuevo Testamento editado por Borrow.

En relaciones poco cordiales con sus jefes, y frente a la hostilidad resuelta de los gobernantes españoles, Borrow no podía ya realizar en la Península una obra duradera ni fructífera. Aquel verano del 38 anduvo Don Jorge por la Sagra y por tierras de Segovia. El 24 de agosto llegó a sus manos la orden de sus jefes llamándole a Inglaterra, y allá se fué, a través de Francia, y en tres o cuatro meses que permaneció en su país zanjó sus diferencias con los directores, y logró que le enviaran a España por tercera y última vez. El 31 de diciembre de 1838 desembarcó en Cádiz, y, salvo los tres primeros meses que pasó en Madrid dedicado a la propaganda, casi todo el año 39 estuvo en Sevilla, en relativa inacción. Allí fueron a buscarle Mrs. Clarke y su hija, a quienes instaló en su propia casa de la *Plazuela de la Pila Seca*. Hizo, solo, un viaje a Tánger, donde le alcanzó la orden del Comité de la Sociedad Bíblica, dando por terminada su misión en España, y en Tánger se acaba bruscamente la narración de sus aventuras. De retorno en Sevilla, anunció su matrimonio con Mrs. Clarke (la *Señá Biuda con Don Jorgito el Brujo*), y comenzó los preparativos para volver a Inglaterra. Una disputa con un alcalde de barrio, en Sevilla, le costó ir a la cárcel, donde le tuvieron treinta horas; todavía estuvo en Madrid gestionando las reparaciones debidas por el agravio, y en abril de 1840

se embarcó para Inglaterra con Mrs. Clarke y su hija y su corcel árabe. Apenas tomó tierra, se casó y fué a instalarse en *Oulton Cottage* (Lowestoft), propiedad de su esposa, donde vivió muchos años entregado a las pacíficas tareas literarias.

Lo primero que publicó fué su obra sobre los gitanos (1), en la que había trabajado mucho durante su permanencia en España. Contiene una descripción preliminar de los gitanos de diversos países, y un estudio de la historia y costumbres de los de España, compuesto de observaciones personales y extractos de libros referentes a ellos. Siguen una colección de poesías populares en caló, recogidas verbalmente por Borrow, y un vocabulario. En *The Zincali* se aprecia «una fuerte personalidad y una observación extraordinaria» (2); pero cualquiera puede advertir el desorden con que está compuesto el libro. Es importante para conocer las costumbres de los gitanos, y completa además algunas aventuras que en *La Biblia en España* sólo están indicadas.

La publicación de *The Zincali* puso a Borrow en relación con Ricardo Ford, docto en cosas hispánicas, que preparaba por entonces su *Manual de España* (3). Ford aconsejó a Borrow que publicase sus aventuras personales y se dejara de extractar libracos españoles. Al saber que tenía entre manos una *Biblia en España*, insistió en sus advertencias: nada de vagas descripciones, nada de erudición libresca; hechos, muchos hechos observados directamente; arrojó para no caer en las vulgaridades; no preocuparse del buen decir; evitar las gazmoñerías y la declamación. Borrow se aprovechó de esos consejos. En su retiro de Oulton ordenó y completó los materiales de que disponía: diarios de viaje, cartas a la Sociedad Bíblica, y en diciembre de 1842 se publicaba la obra (4), que velozmente le llevó a la celebridad.

Su triunfo fué inmenso. En el primer año se agotaron seis ediciones de a mil ejemplares en tres volúmenes, y una edición de diez mil ejemplares en dos tomos. Dos veces reimpressa en Norteamérica aquel mismo año 43, fué traducida al alemán, al francés y al ruso: en 1911 iban publicadas más de veinte ediciones inglesas de la obra. Borrow saboreó la popularidad; sus escritos posteriores contribuyeron poco a sostenerla. Sus aventuras en España despertaron en el público un deseo muy vivo de conocer otros hechos de la vida del «héroe». Ricardo Ford le aconsejó que escribiese su autobiografía. Don Jorge, sin levantar mano, compuso el *Lavengro*, historia de su niñez y juventud, continuándola años después (5), hasta la fecha en que comienza aquel misterioso pe-

(1) *The Zincali, or An Account of the Gypsies of Spain With an original collection of their Songs and Poetry, and a copious Dictionary of their Language.* By George Borrow... In two volumes. London, John Murray, 1841.

(2) E. Thomas: *George Borrow, the man and his books.* 1 vol. London, Chapman and Hall, 1912.

(3) «Hand-Book for Travellers in Spain and Readers at Home.» London, Murray, 1845. 2. vol. 8.º «Las ediciones posteriores están abreviadas o adaptadas a los itinerarios del ferrocarril. El verdadero «Ford» no ha vuelto a parecer.» (Knapp.)

(4) *The Bible in Spain, or the Journeys, Adventures, and Imprisonments of an Englishman, in an attempt to circulate the Scriptures in the Peninsula.* By George Borrow, author of «The Gypsies in Spain», in three volumes. London, John Murray, 1843.

(5) *Lavengro; the Scholar-the Gypsy-the Priest.* By George Borrow... In three volumes. London, John Murray, 1851. *The Romany Rye; a sequel to Lavengro.* By George Borrow... In two volumes. London, John Murray, 1857.

río de su vida de que ya se hizo mención. La obra defraudó las esperanzas del público: los críticos, con gran indignación del autor, pronunciaron sobre ella un fallo adverso; se aguardaba una narración rigurosamente veraz, y aparecía un revoltijo de sucesos reales e imaginarios más que suficiente para desorientar al lector. Borrow se consoló difícilmente de lo que algunos llamaron su «fracaso». La vanidad herida no iba a contribuir a suavizarle el humor, cada día más áspero y agrio. Llevaba con impaciencia la vida sedentaria de escritor. Sentía, además, inquietudes religiosas; los antiguos «terrores» le atormentaban. Borrow quería viajar y solicitó empleos fuera de su patria: misiones literarias en Asia, el Consulado de Hong-Kong; pero sin resultado. Hizo un viaje por el oriente de Europa, y recogió nuevos datos acerca de la vida y lenguaje de sus amigos los gitanos en Hungría, Valaquia y Macedonia. Anduvo también por su país; visitó Gales, Escocia y otros lugares, y recogió parte del fruto de estas jornadas en un libro (1), que fué la última obra importante que publicó. Desde 1860 residía en Londres, donde vivió catorce años sin producir nada después de la aparición de *Wild Wales*, sumido en tanta obscuridad, en tal silencio, que algunos le creían muerto. Estimulado por el deseo de conservar su antigua primacía en los estudios gitanos, que otros cultivaban ya con diferente método, se lanzó a publicar en 1874 un vocabulario (2) del dialecto de los gitanos ingleses, obra que, al aparecer, era ya anticuada. En suma: Borrow se sobrevivió; tan sólo la muerte—observa Mr. Knapp—podía devolverle la notoriedad perdida. La muerte tardaba en llegar. Borrow se marchó de Londres en 1874 y se refugió en su casa de Oulton; estaba viudo desde 1869. El arriscado Don Jorge de otros tiempos era un anciano de mal humor, que vivía triste y solo en una casa de campo mal cuidada, y se paseaba solo por el jardín recitando poemas de su cosecha. Su extraño continente, su soledad y «sus conversaciones con los gitanos, a quienes permitía acampar en la finca, crearon en torno suyo una especie de leyenda. Los muchachos, en viéndole pasar, le gritaban: ¡Gitano! o ¡Brujo!» Muy cerca ya del fin, su hijastra fué con su marido a vivir en su compañía. En la mañana del 26 de julio de 1881 el matrimonio se fué a Lowestoft a sus asuntos, dejando a Borrow completamente solo; mucho les rogó que no se fueran, porque se sentía morir; pero le dijeron que ya otras veces había expresado igual temor sin fundamento alguno. Cuando volvieron, a las pocas horas, se lo encontraron muerto.

Aunque *The Bible in Spain* no fuese, en términos absolutos, el mejor libro de Borrow, sería en todo caso, con enorme diferencia respecto de sus otros escritos, el que más títulos tendría a la atención de nuestro público. El mérito intrínseco del libro y la singular reputación de España le hicieron popular en Inglaterra y Norteamérica y conocido en varias naciones de Europa, motivos también valederos para su divulgación en nuestro país, con más el de ser los españoles, no lectores distantes, sino parte interesada, actores en las escenas

(1) *Wild Wales: its people, Language, and Scenery.* By George Borrow... In three volumes. London, John Murray, 1862.

(2) *Romano Lavo-Lil: Word-Book of the Romany, or English Gypsy Language...* By George Borrow. London, John Murray, 1874.

y su tierra marco de aquella narración. No es muy honroso para nuestra curiosidad que hayan transcurrido cerca de ochenta años desde que vió la luz, sin ponerlo hasta hoy, traducido, al alcance de todos.

El libro fué compuesto, en su mayor parte, en los lugares mismos que describe. Borrow redactaba un diario de viaje, y remitía, además, a la Sociedad Bíblica, cartas de relación de sus aventuras y trabajos. La Sociedad prestó a Borrow las cartas luego de cerciorarse de que, al aprovecharlas, no cometería ninguna indiscreción. «¡No he revelado los secretos de la Sociedad!» decía después Borrow; en efecto, no mienta su desacuerdo con los directores, y tributa a Graydon, el «ángel malo» de la causa bíblica, ardientes elogios. Las cartas de Borrow a la Sociedad Bíblica (1) son tan extensas como la mitad de *The Bible in Spain*; pero sólo aprovechó la tercera parte de ellas en la composición del libro; lo demás salió de sus diarios, fundiéndose todo al calor de su espíritu cuando recordaba y revivía a distancia las impresiones indelebles recibidas.

Tres son los temas de la obra: la difusión del Evangelio, *Don Forge el inglés* y España. Los tres se enlazan en un conjunto armónico; la propaganda evangélica es el propósito deliberado de que remotamente trae origen el libro, y constituye su armazón interior; todas las idas y venidas de Don Jorge, todos sus pensamientos van encauzados a la divulgación de la palabra divina. Los hombres y las tierras de España, materia de su experiencia, constituyen, no sólo una decoración de fondo, asombrosa por el relieve y el color, sino el ambiente en que se mueve y respira un personaje extraordinario, algo distinto de Borrow, pero que es Borrow mismo, despojado de toda vulgaridad y flaqueza, elevado a la categoría de semidiós. De esos temas, el evangélico es el que nos importa menos. España, país de misiones, España, país de idólatras, era un punto de vista nuevo, dentro de nuestro solar, en 1835, e irritante para quienes, dueños de la religión verdadera, habíanla exportado durante siglos. No será hoy menos irritante para buen número de personas el antipapismo de Borrow; pero es improbable que los españoles descontentos, los no conformistas, rompan a gritar: ¡*Al campo, al campo, Don Forge, a propagar el Evangelio de Inglaterra!* En el fondo, la preocupación de Borrow es de la misma índole que la de los «idólatras», sus enemigos. La regeneración de España por la lectura del Evangelio sería un programa que acaso hiciera hoy sonreír.

El mayor número seguiría una opinión análoga a la de Mendizábal, que a la insistencia con que Borrow solicitaba el permiso para imprimir el Testamento, salvación única de España, respondía: «¡Si me trajese usted cañones, si me trajese usted pólvora, si me trajese usted dinero para acabar con los carlistas!» Pero *Don Juan y Medio*, y los liberales que hicieron la desamortización eclesiástica, no se atrevían a permitir que circulase el Evangelio *sin notas*. Aunque movido por un fanatismo antipático, en favor de Borrow hablan su osadía personal, la consideración de que luchaba contra un poder omnímodo, irresponsable, y la de que formalmente pugnaba por un mínimo de hospitalidad y de libertad, sin las que los hombres en sociedad son como fieras, y eso está siem-

(1) «Letters of George Borrow to the Bible Society», edited by T. H. Darlow, 1911.

pre bien, hágase como se haga. El libro de Borrow es un precioso documento para la historia de la tolerancia, no en las leyes, sino en el espíritu de los españoles.

*The Bible in Spain* es un libro autobiográfico. «El principal estudio de Borrow fué él mismo, y en todos sus mejores libros él es el asunto principal y el objeto principal.» (1) No emplea en esta obra las confidencias, no se confiesa con el lector; su procedimiento consiste en dejar hablar a los que le tratan para pintar el efecto que su persona y sus hechos causan en el ánimo del prójimo; asomándonos a ese espejo vemos la imagen de un Don Jorge muy aventajado: subyugaba y domaba a los animales fieros; los gitanos le adoraban; era la admiración de los *manolos*; temíanle los pícaros; confundía al posadero ruin y a los alcaldillos despóticos; encendía en sus admiradores devoción sin límites; era afable y llano con los humildes; trataba a los potentados de igual a igual y hacía bajar los ojos al soberbio; nunca se apartaba de la razón, ni perdía la serenidad; en suma: el héroe y el justo se funden en su persona; es un apóstol que propaga la palabra de Dios, pero sin el delirio de la Cruz, sin romper el decoro; es un caballero andante que se compadece de la miseria, y a cada momento cree uno verle emprender la ruta de Don Quijote, pero sin burlas, sin yangüeses, en una España que creyese en él y le tomase en serio. Apóstol y caballero están bajo el amparo del pabellón británico.

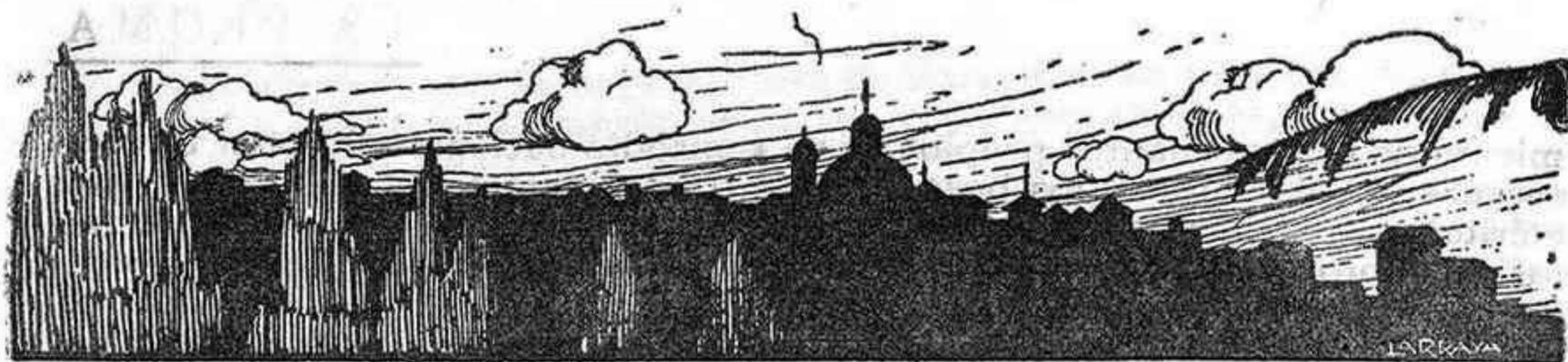
Borrow se colocó, o colocó a su héroe en un escenario sin segundo, de tal fuerza que, para nuestro gusto, el aventurero se borra, se disuelve en el paisaje o queda a la zaga de la muchedumbre española que suscita. Es difícil encontrar otro caso en que un escritor haya triunfado con más brillantez de la hostil realidad presente. Borrow lucha a brazo partido con la realidad española, la asedia, poco a poco la domina, y con la lentitud peculiar de su procedimiento acaba por poner en pie una España rebosante de vida. No se atuvo a una realidad de «guía oficial». Lo que le importaba era el carácter de los hombres, y no de todos, sino de los de la clase popular, donde los rasgos nacionales se conservan más puros. Labradores, arrieros, posaderos, gitanos, curas de aldea, monterillas, mendigos, pastores, pasan ante nosotros, y al verlos gesticular y oírlos hablar, creemos encontrarnos con antiguos conocidos. Unos son pícaros, otros santos; unos son listos, otros muy zotes; casi todos groseros, muchos con sentimientos nobles, y unidos, en general, por un aire de familia inconfundible, y la verdad es que, con todas sus picardías o su zafiedad, no puede uno dejar de quererlos. Tuvo además Borrow una espléndida visión del campo, y lo sintió e interpretó de un modo enteramente moderno. Así, Don Jorge descubrió y pintó, en realidad, lo que quedaba de España. Arrancados los árboles, agostado el césped, arrastrada en mucha parte la tierra vegetal, asomaba la armazón de roca, con toda su fealdad y su inmovible firmeza.

El lector de *La Biblia en España* apreciará seguramente el novelesco interés de algunos pasajes que parecen arrancados de un libro picaresco, el movi-

(1) Ed. Thomas, cap. II.

miento de ciertos cuadros propios de un «episodio nacional», el sabor de otras escenas de costumbres, los bosquejos de tipos y caracteres, con tantos otros méritos que es innecesario señalar; pero lo mismo ante ellos que ante los defectos del libro, y frente a la repulsión que ciertos juicios—expresos o sobreentendidos—del autor puedan suscitar en el ánimo de un español, conviene estar prevenido para no incurrir en las descarriadas apreciaciones que acerca de este libro se han proferido en nuestro país. *La Biblia en España* es un libro de viajes, cierto; pero hay que entenderse acerca de su calidad. No es un informe a la Sociedad Bíblica acerca de los progresos del Evangelio en España, ni un «cuadro del estado político, social, etc.», de la nación, ni un itinerario para recién casados, ni una reseña de las catedrales y otros monumentos pergeñada para uso de los *snobs* de ambos mundos; *La Biblia en España* es una obra de arte, una creación, y con arreglo a eso hay que juzgar de su exactitud, del parecido del retrato y de las «invenciones» del autor. Los paisajes, los lugares, las figuras, están notados con puntualidad; es excelente en la inteligencia de las costumbres y no hay en el libro caricatura ni falsificación de sentimientos. Episodios compuestos, no vistos por Borrow; personajes inventados aglutinando rasgos dispersos, sin duda los ha de haber; pero eso ¿es ilícito? Pudiera compararse la creación de Borrow a una estatua de mayor tamaño que el natural. La verdad artística del conjunto y su efecto conmovedor son innegables. El libro no es sólo verdadero; es, en ciertos puntos, revelador.

**MANUEL AZAÑA**



## ... castillo famoso.

---

**M**ADRID, sin ser todavía el reino de Dios, es ya el Edén de los mendigos. Madrid incuba pordioseros, acoge a los de fuera, los protege, los retiene. Circular por Madrid es hendir masas de miserables—ciegos, tullidos, pustulosos—, que acosan, o gimen, o cantan, o blasfeman, o insultan, o profieren amarguísimas sentencias sobre el valor de la vida y de los bienes de este mundo. El paseante, si no mendiga, parece un intruso en ese vasto coto de la hermandad de la roña: los dueños son los pobres, y en cuanto llegado el estío se marchan de Madrid las dos docenas de familias a quienes su fabulosa fortuna les permite no vivir de limosna, las calles de la capital quedan por suyas. Madrid es un asilo suelto.

Sería un exceso decir que envidio a los pordioseros; pero los admiro, como a gente capaz de adaptarse sin vacilación al género de vida más acorde con el ambiente. En Madrid, donde todo está prohibido, cada cual hace lo que se le antoja. Recontar las vejaciones a que uno vive sujeto, desde la Constitución del Estado hasta el minúsculo deber de conservar los billetes del tranvía, pasando por los mandamientos de la Santa Madre Iglesia y el Reglamento de la SOCIEDAD FILARMÓNICA, es operación penosa y aflictiva. Un madrileño observante viviría emparedado entre ordenanzas. Pero Madrid es incoercible: el buen madrileño «se mata con su padre» por mantener su prestigio personal, fundado, como se sabe (reminiscencias del fuero de hidalguía), en el privilegio de hacer alguna cosa que al común de los mortales se le prohíbe. La cualidad de madrileño se adquiere poco a poco, a medida que se aprende a quebrantar con desenvoltura normas que sólo acatan las gentes sin importancia. La vida en Madrid es un compromiso, renovado a cada minuto, entre arbitrariedades

individuales. Los mendigos perfeccionan el sistema. Quienes, saltando sobre los falsos respetos humanos, profesan la mendicidad, abrazan una vida libérrima, sin Dios, sin Estado, sin Trabajo, vida anterior al pacto social, y se mueven con holgura entre dos infinitos de arbitrariedad: la limosna y la policía.

Los pobres de pedir cuentan en la villa con el apoyo de la opinión pública. Ante todo, por la secreta admiración de quienes no se atreven a mendigar y quisieran una libertad igual para su orgullo. El público protege a los pobres contra la autoridad cuando de tarde en tarde pretende darles caza para encerrarlos en un asilo. El público (y no hay que decir los pobres, que se defienden a mordiscos) acierta. Se sigue la angosta senda de la mendiguez por conservar el albedrío, prefiriendo a la pitanza la libertad. Encerrar a los pobres es malear la profesión. Si algún estadista ininteligente, abundando en la manía de ordenarlo todo, hiciera de la pordiosería un organismo oficial, con su cuerpo de aspirantes, ingreso por oposición, escala cerrada, jubilaciones y derecho a usar uniforme, nadie querría, en términos tales, ser mendigo. Después, los madrileños amparan y respetan a los pordioseros por motivos de religión. Los pobres son de Dios. Un pobre es el arquetipo del cristiano. Veinte siglos de cristianismo son aún más fuertes que veinte siglos de literatura, y aun en el incrédulo la vista de un pobre remueve no se sabe qué confusos remordimientos y pavor, reliquia de emociones fenecidas. Perseguir a los pobres les parece una impiedad tan grande como quemar los muertos.

Los pobres se reparten el imperio de las calles e imprimen sobre el rostro de Madrid sus dedazos mugrientos. Hay pobres de puesto fijo, que Madrid está habituado a ver como partes integrantes de los inmuebles junto a los cuales posan; si un día los quitasen, el madrileño no se encontraría a gusto en sus calles, le faltaría algo, como si la fuente de la Cibeles desapareciera por ensalmo. Sirven para computar el paso rápido del tiempo, y uno se da cuenta de la brevedad de la vida al observar cómo engorda y encanece la ciega del jardín de Riera, y cómo se le apaga la voz al tullido de San Luis, y cómo, en general, se estragan y arruinan los más recios ejemplares de la cofradía. Un puesto de pedir limosna, con su zona de influencia bien definida y su parroquia fija, es uno de los negocios más pingües a que pueden aspirar los jóvenes talentos sin empleo; y las familias que por ventura poseen algún monstruo y consiguen un lugar céntrico para exhibirlo, ya no tienen que preocuparse del mañana. Menos importantes son los pobres que no están fijos, sino sometidos a un movimiento de traslación rigurosamente medido, como el de los astros: pasan por los mismos sitios a las mismas horas: la ciega gorda y sentimental, que aún no ha concluido de cantar al son de su guitarra el vals que empezó hace

## LA PLUMA

veinte años; el ciego de la ocarina; el empresario de teatros arruinado (según proclama el cartel que lleva al pecho); ese otro ciego misterioso que recorre solito todo Madrid sin más que imprimir al brazo derecho un giro natatorio; el chicuelo que clava en el cráneo de sus clientes un horrible cantar, a grito herido (voz impostada en el entrecejo), mientras su acompañante, mocosa soñolienta, pasa el platillo de latón (¿hay algo para el pobre ciego...?) y se restrega los párpados: tales son los más notorios de esta categoría. Debajo pululan las tropas ligeras de la hermandad, que libran batalla a toda hora y en cualquier terreno, saquean al liberal y asedian al escaso, se despliegan entre dos esquinas, se concentran sobre un café, envuelven a las familias dadivosas, cortan la retirada al transeunte esquivo. Son tantos y enseñan tales miserias, que algunos días Madrid parece una ciudad atacada de la peste. Los muñones, las llagas, las cicatrices, por muy horrendas que sean, no pueden esconderse: son el orgullo y la mejor arma de los pobres: hay que resignarse a verlos, como nos resignamos a ver los caballos destripados en la Plaza para que haya fiesta.

No a todos les repugna la miseria astrosa. Hay quien come y bebe en la terraza de un café, conversando amigablemente con un mendigo que, en pie a su lado, paga con chuscadas la limosna. La buena armonía en que viven ciertos pobres con los señoritos madrileños es un espectáculo único en el mundo. En los cafés de moda, donde se reúne la gente aficionada a exhibir sus módicos placeres, circulan los mendigos por entre las mesas, se mezclan en la conversación de la clientela, conocen algunos de sus enredillos, le sirven de correveidiles, hablan el mismo lenguaje y, en el fondo, tienen las mismas aspiraciones e ideas. En la otra punta de la escala, el señorito es también un caso de adaptación cabal al ambiente. En Madrid, para no chocar, hay que ser mendigo o señorito, y de hecho, un señorito suele ser un pordiosero en vías de hacerse.

La mendicidad presta a la vida de Madrid un tono patético que por otros lados no tiene. El hecho trivial de rehusar un periódico se complica con emociones penosas cuando una voz lastimera nos dice que es «para ayuda de un panecillo», o «para dar de comer a estos niños»; al salir del café, en las noches de invierno, se tropieza con turbas de chicuelos desnudos que brincan de frío en el asfalto y hacen chistes a costa de su hambre; y si es en verano, «cuando los pobres viven», no falta ninguna noche esa pareja de ciegos que con voces cavernosas canta: «¡Shiquiya, shiquiya...! ¡Shiquiya delarmamiáa...!» Y uno se aflige pensando que la copla, la guitarra, las voces y el imbécil expresionismo de los ciegos, despiertan en los oyentes una congoja placentera... En fin, los mendigos están en Madrid para curarnos de vanidades. Pero ellos, personalmente, no sufren

nada; su vida no es menos fecunda en goces que la de cualquier mortal. Hace años andaba todavía por esas calles un mendigo monstruoso, cargado de años y de enfermedades, en verdad horrible de ver. Se arrimaba a los transeuntes, y recreándose en el asco que producía, rezongaba: «Señorito, tengo más hambre que un oso... Estoy más aburrido que la virgen, señorito!» Alguien le aconsejó un día: «Mira, tú ya no puedes vivir mucho: y para lo que haces en el mundo... ¿Por qué no buscas la celebridad? Coge una bomba y tirlala desde el gallinero del Real...»

—¡La vida es muy amable, señorito!—respondió.

EL PASEANTE EN CORTE

Don Cacique (óleo)

*Personaje torvo*

*Malsín*

*Al fondo la dramática Sierra de Pancorbo*

*Sobre la nariz*

*Espejuelos verdes*

*Donde se ojeriza turbio mal cariz*

*Tipo de Satán*

*Mano de Caín*

*Muy Rey de los Naibes y muy sacristán*

*El semblante jalde*

*Capisayo gris*

*Empinada en alto la vara de Alcalde*

*Y*

*A pesar de eso*

*Un breve infeliz*

*De malas costumbres y muy poco seso.*

*Personaje torvo*

*De un pueblo de la áspera Sierra de Pancorbo*

*(Oh!*

*Lejos de París...)*

ANTONIO ESPINA GARCÍA



## LIBROS Y REVISTAS

**R. Blanco-Fombona.**—*Dramas mínimos.*—Biblioteca Nueva.

«En estas cortas historias—nos dice su autor—trasudan el dolor y la imbecilidad del hombre en campos, pueblos y ciudades de América; en campos, pueblos y ciudades de Europa. Lo más corriente en estas historietas—dramas mínimos—ha sido observar al hombre viviendo su vida y con sus costumbres peculiares en el país donde el autor nació. Pero como el autor ha salido de su país y conoce otros pueblos, pudo, en otros pueblos, ver al hombre, y procuró observarlo.

»Ha descubierto, y en todas partes, cosa igual: un fondo idéntico de estupidez, de maldad y de dolor.»

De los cuentos *franceses, yanquis, de cualquier parte, americanos—el campo, los pueblos, la ciudad—y españoles*, en que divide su colección de *Dramas mínimos* el Sr. Blanco-Fombona, los americanos nos interesan especialmente, y si hubiéramos de elegir uno entre todos, el titulado *El Catire* llevaríase la preferencia, incluso sobre *Los salvadores de la Patria*, sátira cruel de un levantamiento revolucionario en Venezuela. Tal vez no consigue el Sr. Blanco-Fombona la variedad que se propone, en detrimento acaso de la fuerza con que se acusan los caracteres que le son más familiares. Quizá ese fondo de estupidez, de maldad y de dolor común a todos sus cuadros produce en el lector la impresión de un prejuicio más que de una experiencia. En todo caso, sólo después de cerrado el libro le es dado reaccionar al crítico. Tan sugestiva es la lectura de estas páginas, escritas en un estilo animadísimo, cortante, apasionado, cuya violenta ironía recuerda a veces la de otro americano pesimista: Luis Bonafoux.

C. R. C.

\* \* \*

**Valery-Larbaud.**—*Poètes espagnols et hispano-américains contemporains.*—*La Nouvelle Revue Française.*—1 Juillet 1920.

El Sr. Valery-Larbaud, distinguidísimo escritor francés, cuyas novelas, y sobre todo cuyas notas y traducciones de literatura inglesa, constituyen uno de

los principales atractivos de *La Nouvelle Revue Française*, dedica en el número de julio un artículo muy interesante a algunos poetas españoles. No sin excusarse modestamente por tratar un tema extraño a sus estudios habituales, llevado de su amor a la lengua castellana y en atención al afectuoso requerimiento que desde las columnas de *España* le hiciera Enrique Díez-Canedo.

*Le symbolisme français et la poésie espagnole moderne*, libro del Sr. Zerega-Fombona, sugiere algunas atinadísimas observaciones, tal la que apunta como más eficaz en los poetas españoles la curiosidad que despertó la lectura de *Los Raros*, de Rubén Darío, que la influencia directa del gran americano. No obstante ser ésta tan grande. Muy acertada nos parece, asimismo, la invitación que hace a Díez-Canedo—a quien disputa primero entre los críticos españoles contemporáneos—al estudio de que no es, en todo caso, sino prefacio el del Sr. Zerega-Fombona.

Habla después con gran elogio de Ricardo Güiraldes, cuya novela *Raucha* (Buenos Aires, 1917), como antes su libro de versos *El cencerro de cristal* (Buenos Aires, 1916), le coloca entre los primeros, y el primero acaso, de la generación literaria argentina más reciente.

Y por último, con motivo de *El humo dormido*, de Gabriel Miró, insiste en proclamar su admiración por Ramón Gómez de la Serna, de quien ya se había ocupado, y a quien ha traducido incluso (*Hispania*, núm. 3, 1918, y *Litterature*, septiembre, 1919). Miró y Gómez de la Serna, con Juan Ramón Jiménez, le parecen los más notables poetas españoles.

Y aquí se nos ocurre una reflexión, que no es esta la primera vez que nos asalta. ¿Cómo espíritus tan franceses como el del Sr. Valery-Larbaud (y entendiéndose aquí por espíritu francés ese claro juicio de que Francia se enorgullece legítimamente en sus escritores) pierden al contacto con la realidad española su característico sentido de la justicia literaria?

Compartiendo, como compartimos, con el Sr. Valery-Larbaud la admiración por Juan Ramón Jiménez, por Gabriel Miró, por Ramón Gómez de la Serna, ¿no se advierte luego la precipitación que significa, no ya el preterir algunos nombres más, que acaso no conoce, no obstante su larga estancia en España, pero aún la cita en un solo haz de prestigios tan dispares? Y si en ciertos aspectos Miró le puede parecer un Jammes español, ¿cómo comparar su lírico preciosismo humilde con la pompa y sonoridad d'annunzianas, pretendiendo asimilar la labor de uno y otro en sus respectivos idiomas?

Hemos de congratularnos, con todo, de que la literatura española empiece a considerarse allende el Pirineo con un criterio menos limitado que el de los hispanistas de cátedra.

C. R. C.

\* \* \*

**Claudio de la Torre.**—*La huella perdida.*—Rafael Caro Raggio.—Editorial Madrid.

Es este el segundo libro de su joven autor, cuya asidua colaboración en el semanario *España* muestra la fina distinción espiritual característica de *El canto diverso*, volumen de poesías con que se dió a conocer recientemente.

## LA PLUMA

En el prólogo de *La huella perdida* sincérase con graciosa modestia del aparente desorden que preside sus páginas. Gustaba, dice, cuando niño, de hacer pequeñas escapatorias a cierto lugar llamado los Arenales, junto al mar de su tierra canaria. Y al volver pretendía, como ahora en sus andanzas literarias, descubrir la propia huella, que ya no encontraba.

Revela desde luego tal preocupación cierto empeño, juvenil por excelencia: el de renovarse para no morir en prematuro agostamiento. Y con ser pocos los años—de 1914 a la fecha—que separan los cuentos e impresiones reunidos en este tomo por demás simpático y sugestivo, adviértese en *La huella perdida* el propósito de condensar e intelectualizar cada vez más la expresión. Pero no hay en realidad el desorden de que, excesivamente riguroso consigo mismo, se acusa. El tono sentimental es el mismo, y muy de nuestro tiempo, en las doscientas páginas del libro. Un buen tono en que el sentimiento lírico corrige dignamente todo exceso con cierta prudente ironía, templada a su vez con cierto romántico decoro. El apunte titulado *Florín e Hijos (Compañía ilimitada)* es quizá el más representativo del límpido humorismo de Claudio de la Torre acaso el primer escritor en quien empieza a vislumbrarse una posible literatura canaria, caracterizada en la sensualidad nativa del cuento *Sur*, que el comercio inglés de las islas, inteligentemente dirigido en un afán espiritual, atempera a la sonrisa del mundo civilizado.

C. R. C.

\* \* \*

**Manuel Ugarte.**—*El porvenir de la América española.*—Valencia, Editorial, Prometeo, 1920.

«Un político *ad usum*—escribe el Sr. Ugarte—es un hombre que dice las cosas oportunas que pueden serle útiles. Un escritor, en la alta acepción de la palabra, ...dice las cosas necesarias, aunque éstas puedan perjudicarle.» Guiado por esa idea de su profesión, el señor Ugarte no les escatima las verdades a sus compatriotas al hablar de los peligros que amenazan el porvenir de su tierra, como no se las escatimó a los españoles, hace años, al escribir sobre España. El señor Ugarte da la voz de alarma a los hispanoamericanos, excitándolos a defenderse contra la ascendente marea anglosajona. Agrupados los hechos capitales de la política exterior de los Estados Unidos durante un siglo—como los agrupa y repasa el señor Ugarte—es difícil sustraerse a la impresión de que el peligro es cierto y creciente: sean ejemplo Méjico, Cuba, Panamá, Santo Domingo. Y desde que la obra se publicó por vez primera—afirma el autor en el prólogo de esta edición, la definitiva—la salvación se ha hecho más difícil.

En la composición del libro, como en toda la propaganda que ha hecho en América y en Europa, el señor Ugarte se inspira en un patriotismo continental y de raza, superior a las divisiones arbitrarias del territorio americano en estados independientes. «No es posible hacer brotar de cada una de las veinte repúblicas, nacidas de divisiones convencionales, una razón superior y diferen-

te que aune la voluntad en vista de un esfuerzo seguro y un fin alto.» Esa razón superior brota de la unidad de raza y de idioma; por tanto, desde la frontera septentrional mejicana hasta el cabo de Hornos (incluida la variante portuguesa) debe formarse un bloque único—salvando en cuanto sea preciso las autonomías locales—para oponerse, moral y materialmente, al bloque sajón del Norte.

Los sentimientos del señor Ugarte respecto de España y sus opiniones acerca de la herencia española en América nos parecen justos; cualquier español de buen sentido los aceptará. Notemos que del programa de remedios propuesto por el señor Ugarte en la última parte de su libro, resulta que los hispanoamericanos, para no ser devorados por los yanquis, necesitan curarse de los mismos defectos y desechar errores muy parecidos a los que, según opinión general, tienen postrada y desvalida a España. No somos bastante doctos en americanismo para juzgar de la exactitud de la pintura, ni, sobre todo, de las esperanzas de mejora; quizá el legítimo temor al predominio de los sajones no baste para poner en pie una América española robusta y unida: como que el peligro yanqui no es sino el exponente de la debilidad y desgobierno de nuestros hermanos de ultramar. En la contienda que el señor Ugarte bosqueja, a España le cabe poco que hacer, hoy por hoy; pero ningún español leerá sin cierta amargura el libro del señor Ugarte, escrito con pasión contagiosa; como ocurre siempre que un espíritu noble concibe una mejor ordenación de las cosas que, luego, implacablemente, no son.

M. A.

\* \* \*

**Manuel Conrotte.**—*La intervención de España en la independencia de los Estados Unidos de la América del Norte.*—Madrid, Suárez, 1920.

¿Cuáles fueron, en definitiva, la cuantía y la eficacia de los auxilios prestados por España a los colonos ingleses de Norte América rebelados contra la metrópoli? Al proteger, andando el tiempo, las insurrecciones de las colonias españolas, en la forma y con los resultados que nadie olvida, los Estados Unidos fueron generalmente acusados de ingratitud. La excelente monografía del señor Conrotte se dirige a esclarecer aquella cuestión, y, de rechazo, muestra que este último cargo carece de fundamento «por haber sido la intervención que España tuvo en la emancipación de los Estados Unidos tan secundaria, que sólo puede tomarse como episodio de escaso relieve en sus crónicas nacionales.» Contiene el libro una puntual relación sacada de fuentes originales (correspondencia de ministros y embajadores de los países interesados, y notas reservadas de Floridablanca), de las negociaciones que precedieron a la concesión de los primeros socorros, de los términos y modo como se concedieron, y de los planes y conciertos, ya de orden militar, ya político, que los beligerantes estudiaron o suscribieron, hasta llegar al ajuste de una paz en la que todos, salvo los colonos rebeldes, salieron perdiendo. El auxilio a la insurrección ame-

## LA PLUMA

americana fué para las dos Cortes borbónicas un episodio de la dilatada contienda con Inglaterra, disputándole la supremacía naval, España consideró que el teatro principal de la guerra estaba en Europa y concentró sus esfuerzos en dos objetivos de carácter nacional: Mahón y Gibraltar. Lejos de sentir el Rey simpatía por la causa de los rebeldes, el proyecto de auxiliar poderosamente a los americanos en su propio país tropezó con la oposición decidida de Carlos III: «el reparo... de la inconsecuencia y mal ejemplo que el Rey daría para sus propios súbditos revoltosos del Perú, Río de la Plata y Nuevo Reino de Granada, era absolutamente invencible sin faltar a lo que Su Majestad debe a las más estrechas obligaciones de su soberanía.» La política de España en todo este negocio pecó de indecisa en los procedimientos; el hecho de que la potencia católica y conservadora por excelencia ayudase a unos revolucionarios protestantes y liberales implicaba una contradicción radical que el malhumorado don José Moñino no podía resolver, y menos podía sustraerse a las dificultades de una política invariable, heredera de tradiciones grandiosas y empeñada en sostener un programa mundial, pero sin súbditos, sin industria, sin dinero; así, al final de cada aventura no cosechaba más que sinsabores. El siglo que pretendió regenerarse, continuó en demasiadas cosas la historia de España, ya esquilmada. La verdad es que, salvo la restauración de algunos estudios o la introducción de otros nuevos, nos interesa poco el siglo XVIII español, tan melancólico y apagado como los Sitios Reales de sus monarcas cazadores.

M. A.

\* \* \*

**Tomás Morales.**—*Las rosas de Hércules.*—Madrid. Librería Pueyo, XCVIX

La musa de este poeta no va vestida a la moda del día, mas tampoco se adorna con carnalescas antiguallas. Si no está desnuda no ciertamente por pudor, antes bien por mejor encendernos el deseo con los pomposos laureles que decoran más que encubren su mitológica monstruosidad. La musa de Tomás Morales es una sirena arribada del más puro mar latino a las africanas playas canarias.

En cuatro partes se divide este segundo libro de *Las rosas de Hércules* (en cuyo volumen primero, todavía inédito, anuncia su autor la reimpresión, con otros nuevos, de los *Poemas del Amor, de la Gloria y del Mar*, publicados en 1908); *Los himnos fervorosos; Alegorías; Epístolas, Elogios, Elogios fúnebres; Poemas de la Ciudad Comercial*, amén de un *Preludio* y un *Envío a Leonor*, su compañera. La disposición exterior—incluso las viñetas de Nestor y Miguel de la Torre y las guardas de Hurtado de Mendoza—recuerda la inspiración de los *Laudi* de D'Annunzio; la dignidad musical de los versos está sin duda aprendida en la pauta cosmopolita de Rubén Darío; no pretende el poeta desmentir su buena casta. Pero sin duda habría que buscarle más segura genealogía en algún robusto lírico español del siglo de oro, cuyo sentimiento se aviene me-

por a los poderosos ecos de la trompa épica que a los plácidos sonos de la lira.

Y así canta en la *Oda al Atlántico*:

«El mar, el gran amigo de mis sueños, el fuerte titán de hombros cerúleos e inenarrable encanto.»

y ve al otoño que

«Desnudo bajo el húmedo verdor de la espesura la rubia sien corona con detonantes flores y un sarmiento flexible que arrolla su cintura deja caer un pámpano que cubre sus pudores.»

y le reza a «Rubén,

arca del sacro pensamiento latino!,  
tu índice iluminado nos señaló un camino.»

o llora serenamente *En la muerte de Fernando Fortún*:

«Espíritu apacible,  
fino mancebo de la faz hermosa,  
¿a qué lugar sensible  
se partió, milagrosa,  
tu juventud, que era como una rosa?»

.....  
«Tú aprobarás, con la sonrisa aquella  
que en el mundo tuviste,  
y a un mismo tiempo, era cortés y triste...»

Siempre acordada la voz elocuente al rumor sonoro del mar, que baña la clara ciudad de la Gran Canaria, patria del poeta, cantor en ella de un vasto horizonte surcado de velas latinas y humeantes chimeneas de acorazados britanos.

C. R. C.

#### Libros recibidos:

- E. Ontañón: *Breviario sentimental*, Madrid; Pueyo, 1920.
- C. R. Avecilla: *Mademoiselle Gris*, Madrid; Sociedad G. E. de Librería.
- Luis Esteso: *La Lujuria*, Madrid; Pueyo, 1920.
- Luis del Valle: *Emociones*, Editorial «Atheneum», 1950.
- Juan Sin Tierra: *Ante la avalancha*, Málaga; 1920.

## Gaceta.

**La infanta Paz, los bolcheviques y la crítica salmantina.**—Hace ya algunos días recibimos una carta de un amigo nuestro que escapaba de Varsovia, y entre otros detalles menos interesantes, nos decía: «En Varso-

## LA PLUMA

via se ha quedado—al menos esa era su última palabra—doña Sofía Casanova. El embajador—un ave rara entre nuestros diplomáticos, que se preocupaba inteligentemente de cada español que a él acudía—y yo, hicimos lo imposible por convencerla de que saliese de Varsovia. Un automóvil tuvo a su disposición, mientras centenares de pobres mujeres esperaban toda la noche a las puertas de las agencias de viaje por ver si conseguían aún un billete».

La infanta doña Paz se quedó, pues, en Varsovia para poder contar luego en el *A B C* horrores bolcheviques.

—¿¿¿ !!!

—Lo que ustedes oyen. Años ha, de paso Su Alteza en Salamanca para Alba de Tormes, donde a la sazón propugnaba la construcción de una basílica, obsequió a lo principalito de la población con un té literario. Una de las señoritas invitadas, felicitándose con otra de la admiración que juntas profesaban por doña Paz de Borbón, entonces colaboradora de *La Correspondencia*, insinuó:

—Escribe unos artículos preciosos, sobre todo los que firma con el pseudónimo «Sofía Casanova».

Por cierto que la señorita en cuestión, a quien en vano buscamos para ofrecerle la crítica literaria en *LA PLUMA*, como le presentaran luego a un distinguido escritor, de *tournée* de feria por aquellos días con la Compañía Guerrero Mendoza:

—¿Cómo?—exclamó ingenuamente—. ¿Don Gregorio Martínez Sierra? ¡Y a mí que me tenían dicho que era un pseudónimo de su señora!

\* \* \*

**Nosotros, no.**—Ambos interesados nos han contado el caso en sendas cartas publicadas en los periódicos. *La Internacional* publicó una *Balada de los buenos burgueses*, escrita por D. Pío Baroja, quien al saberla denunciada por el fiscal de Su Majestad solicitó de su amigo el Sr. Azorín que intercediera, dadas sus relaciones con personajes influyentes, por ver de arreglar el asunto. Ello es que el juez, oída declaración al Sr. Baroja, ha procesado al director de *La Internacional*, Sr. Nuñez de Arenas (!!!), quien, acostumbrado a padecer persecución por la justicia en calidad de socialista, ha aceptado sin protesta el endoso

Pero el Sr. Baroja, soliviantado por un justo comentario del semanario *España*, se confiesa cobarde (quizá por emular a otro amigo del Sr. Azorín, Montaigne, no por su cobardía glorioso, sino por filósofo), y aún dice que el señor Nuñez de Arenas no es un Cid...

El *A B C* manifiéstase conforme con el insigne escritor. Nosotros, no.